

ARTE RUPESTRE Y ARQUEOLOGÍA EN
LOS ALMADENES

CIEZA, MURCIA



Intervención integral tras el
incendio de un paraje protegido
y Patrimonio Mundial.

Joaquín Lomba Maurandi (Coordinador)

Joaquín Lomba Maurandi

Ignacio Martín Lerma

Manuel Páez Blázquez

Justo García Rodríguez

José Pereira Uzal

Rubén Pérez Bellido

Elia Quesada Martínez

Didac Román Monroig

Juan Francisco Ruíz López

Joaquín Salmerón Juan

Miguel San Nicolás del Toro

Alfredo Sánchez Hernández

Noelia Sánchez Martínez

Grupo G.E.C.A. (OJE-Cieza)

MONOGRAFÍAS CEPAR 4

ARTE RUPESTRE Y ARQUEOLOGÍA EN
LOS ALMADENES
CIEZA, MURCIA

Intervención integral
tras el incendio de un paraje
protegido y Patrimonio Mundial.

Monografías del Centro de Estudios
de Prehistoria y Arte Rupestre

2

ARTE RUPESTRE Y ARQUEOLOGÍA EN
LOS ALMADENES
CIEZA, MURCIA

Intervención integral tras
el incendio de un paraje protegido
y Patrimonio Mundial.



Monografías CEPAR 4 CENTRO DE ESTUDIOS DE PREHISTORIA Y ARTE RUPESTRE

Arte rupestre y Arqueología en Los Almadenes
(Cieza, Murcia). Intervención integral tras el incendio de un paraje protegido y Patrimonio Mundial.

Edición y coordinación

Joaquín Lomba Maurandi

Autores y autoras

Joaquín Lomba Maurandi
Justo García Rodríguez
Ignacio Martín Lerma
Manuel Páez Blázquez
José Pereira Uzal
Rubén Pérez Bellido
Elia Quesada Martínez
Didac Román Monroig
Juan Francisco Ruíz López
Joaquín Salmerón Juan
Miguel San Nicolás del Toro
Alfredo Sánchez Hernández
Noelia Sánchez Martínez
Grupo G.E.C.A. (OJE-Cieza)

Fotografía

Fran Ramírez
Joaquín Lomba Maurandi
Ignacio Martín Lerma
Juan Francisco Ruiz López
Equipo 4D · arte rupestre
Joaquín Salmerón Juan
Jesús Gómez
Ramón Morcillo
Archivo General de la Región de Murcia

© de los textos e imágenes, los autores

© de la presente edición, Ayuntamiento de Cieza, Centro de Estudios de Prehistoria y Arte Rupestre

Edita

Ayuntamiento de Cieza

Diseño gráfico

Joaquín Lomba Maurandi (coord.)
Alfredo Sánchez Hernández (calcos)
Óscar Sánchez Hernández (maquetación)

Primera edición: octubre 2018

ISBN: 978-84-09-07024-4

Depósito Legal: MU 1512-2018

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información y transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación... sin permiso previo de los titulares de la propiedad intelectual.

Impreso en España / Printed in Spain

Murcia 2018

Publicación financiada por la Dirección General de Bellas Artes y Patrimonio Cultural del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, dentro de las Ayudas para Proyectos de Conservación, protección y Difusión de Bienes declarados Patrimonio Mundial, correspondiente al año 2017.



Índice

1. Presentación institucional. <i>Pascual Lucas Díaz (Alcalde de Cieza)</i>	pág. 11
2. Antecedentes, el incendio de 2015 y el proyecto integral de intervención. <i>Joaquín Lomba Maurandi (Coordinador general del proyecto)</i>	pág. 15
3. Protocolo de intervención patrimonial de la CARM en casos de incendio con afectación de zonas con arte rupestre. <i>Miguel San Nicolás del Toro</i>	pág. 29
4. La defensa de los Bienes de Interés Cultural contra los efectos de los incendios forestales. <i>Manuel Páez Blázquez y Justo García Rodríguez</i>	pág. 43
5. La prospección y revisión del arte postpaleolítico de Los Almadenes. Aspectos metodológicos. <i>Joaquín Lomba Maurandi, Ignacio Martín Lerma, Joaquín Salmerón Juan, Noelia Sánchez Martínez, Alfredo Sánchez Hernández</i>	pág. 71
6. Metodología de la monitorización del arte paleolítico de Cieza. <i>Juan Francisco Ruiz López, Elia Quesada Martínez, José Pereira Uzal, Rubén Pérez Bellido</i>	pág. 81
7. Los trabajos de espeleología y topografía de las cavidades con arte postpaleolítico. <i>Grupo de Espeleología Cieza Atalaya (G.E.C.A.)</i>	pág. 123
8. El contexto: Prehistoria y Arqueología de Los Almadenes <i>Joaquín Lomba Maurandi e Ignacio Martín Lerma</i>	pág. 147
9. Los abrigos de Fran, Paso y Rumíes. <i>Joaquín Lomba Maurandi, Ignacio Martín Lerma, Joaquín Salmerón Juan</i>	pág. 181
10. La Serreta. <i>Joaquín Salmerón Juan, Joaquín Lomba Maurandi, Ignacio Martín Lerma</i>	pág. 207
11. Las cuevas de Greco, Miedo y Laberinto. <i>Ignacio Martín Lerma, Joaquín Salmerón Juan, Joaquín Lomba Maurandi</i>	pág. 249

12. Las Enredaderas, Las Jotas, La Higuera y Pilar.*Joaquín Salmerón Juan, Ignacio Martín Lerma, Joaquín Lomba Maurandi*

pág. 273

13. Los Pucheros.*Joaquín Lomba Maurandi e Ignacio Martín Lerma*

pág. 325

14. El arte paleolítico de la Cueva de Jorge.*Joaquín Salmerón Juan, Juan Francisco Ruiz López, Joaquín Lomba Maurandi, Elia Quesada Martínez, José Pereira Uzal, Ignacio Martín Lerma*

pág. 331

15. El arte paleolítico de la Cueva de las Cabras.*Juan Francisco Ruiz López, Joaquín Salmerón Juan, Elia Quesada Martínez, José Pereira Uzal, Joaquín Lomba Maurandi, Ignacio Martín Lerma*

pág. 343

16. El arte paleolítico de la Cueva del Arco I y II.*Joaquín Salmerón Juan, Juan Francisco Ruiz López, Ignacio Martín Lerma, Elia Quesada Martínez, José Pereira Uzal, Joaquín Lomba Maurandi*

pág. 367

17. Intervenciones arqueológicas en la Cueva del Arco.*Ignacio Martín Lerma y Didac Román Monroig*

pág. 395

18. Conclusiones.*Joaquín Lomba Maurandi*

pág. 415

El contexto: Prehistoria y Arqueología de Los Almadenes

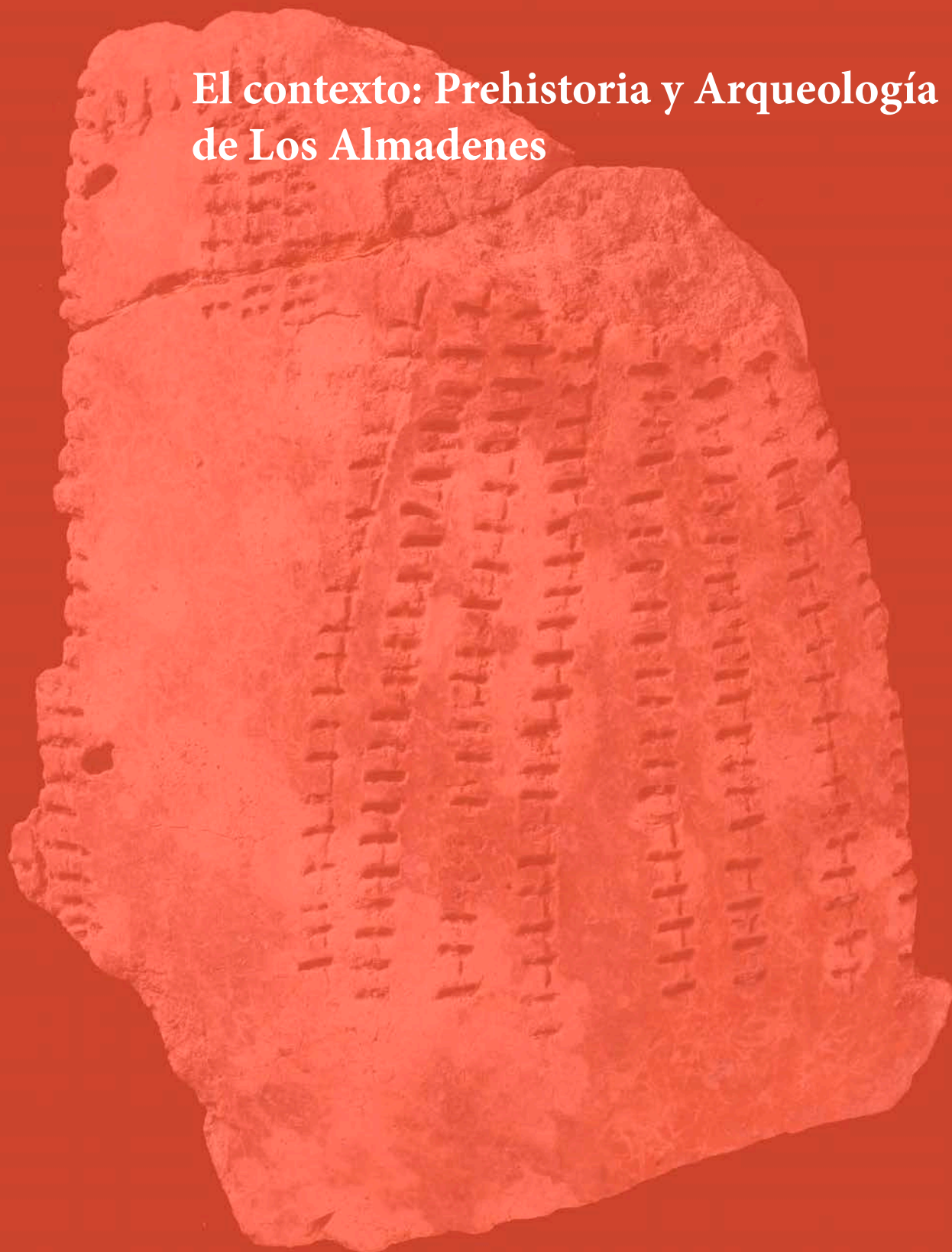


Fig. 8.1. Cerámica epicardial incisa-impresa y con restos de almagra, procedente de la Cueva del Arco (Fotografía de Fran Ramírez).



8. El contexto: Prehistoria y Arqueología de Los Almadenes

Joaquín Lomba Maurandi e Ignacio Martín Lerma

El paraje de Losares-Almadenes, incluido en los municipios de Cieza y Calasparra, se sitúa en la Vega Alta del Segura, un lugar geográficamente central en el ámbito regional, constituyendo un encajonamiento del río Segura entre calizas y dolomías masivas, coincidente con el momento en el que acoge a los dos afluentes que aportan aguas de las cuencas fluviales del Noroeste, los ríos Argos y Quípar, procedentes de Caravaca y Cehegín/Calasparra, respectivamente.

Esta localización permite interconectar áreas de la región con características muy diferentes, pero a través de paisajes similares, constituyéndose en un área en torno a la cual pivotan redes de comunicación que, durante milenios, han puesto en relación la vega alta con la media del Segura, y las tierras del Altiplano con el Noroeste (Lomba y Salmerón, 1995: 125-129). Al mismo tiempo, el enclave permite definir, junto con las sierras de Chambrón, Quípar, Ricote y Pila, la línea que separa las tierras prelitorales de las interiores en este sector del Sureste.

El propio río, pero también los espacios transversales que genera a uno y otro lado de su cauce, son por ello fundamentales para comprender el devenir prehistórico e histórico de las diferentes comunidades humanas que habitaron el Sureste y se desplazaron e interrelacionaron continuamente desde las actuales tierras alicantinas al interior de la Alta Andalucía. Se trata de un cruce histórico de caminos entre los tránsitos desde la costa de Cartagena al interior peninsular a través del Puerto de la Mala Mujer (en la Sierra de la Cabeza del Asno), por una parte, y de las sierras alicantinas a las del Noroeste e interior andaluz, por otra.

En esa línea que marca el Segura entre ambas localidades, Calasparra y Cieza, se documenta una alta densidad de cavidades con arte rupestre, que se constituyen a nivel regional en una concentración atípica de estaciones, pues exceptuando el área en estudio, el resto se ubica en las tierras del interior (Moratalla) y en algunos lugares aislados, caso del arte rupestre de Mula o Lorca. Los 4 kilómetros de longitud del Cañón de Almadenes reúnen a su alrededor 30 cavidades, varias de ellas con pinturas que suponen la práctica totalidad de estaciones de este tipo en la zona, con la salvedad de los tres abrigos de Los Grajos, en la Sierra de Ascoy, distante unos 15 kms. del lugar que nos ocupa.

8.1. El descubrimiento del arte rupestre en el Cañón de Almadenes.

Las primeras noticias de arte rupestre en la zona del cañón se remontan al año 1972, cuando un grupo de espeleólogos penetra en la cueva de **La Serreta** (Sánchez et al., 1975), a la que posiblemente se debía acceder con facilidad durante la Prehistoria y en tiempos históricos, al menos hasta la Edad Media, quedando posteriormente aislada por el desprendimiento de algún paso natural en un momento indeterminado entre esa época y la actualidad. La cueva se localiza en la margen izquierda del río en plena masa caliza, abriéndose su primitiva entrada a la pared del cañón, ahora inaccesible, permitiéndose actualmente la entrada a través de una

Tabla 8.1.

Yacimiento	Paleolítico medio	Paleolítico superior	Epipaleolítico	Neolítico	Calcolítico	Bronce	Arte paleolítico	Arte postpaleolítico	Graffiti históricos
Almadenes I	■								
Almadenes II	■								
Almadenes III	■								
Arco I	■	■	■	■			■		
Arco II							■		
Cortijo de la Maestra	■								
Cuevas del B ^o I de Almadenes					■				
El Greco				■				■	
El Laberinto				■	■			■	■
El Miedo				■				■	
El Paso I				■				■	
El Paso II				■				■	
El Pozo		■	■	■	■	■		■	
Fran I								■	
Fran III								■	
Gatán 1	■								
Gatán 2	■								
Gatán 3	■								
Gatán 4	■								
Hita								■	
Jorge							■		
La Higuera								■	
La Jota								■	
La Serreta				■	■			■	
Las Cabras							■		
Las Enredaderas I				■				■	
Las Enredaderas II				■				■	
Las Enredaderas III				■				■	
Las Enredaderas VI				■				■	
Los Pucheros								■	
Los Rumies I				■				■	■
Los Rumies II				■				■	■
Pilar								■	
Totales	9	2	2	14	4	1	4	20	3

Tabla 8.1. Yacimientos prehistóricos del Cañón de Almadenes y entonos inmediatos.

se localizaron restos pictóricos que suman 13 figuras, destacando un *ramiforme con esteliforme*. Como en el caso anterior, se encuentra actualmente aislada de cualquier tipo de acceso natural, siendo necesario el uso de equipo técnico para acceder a su interior, ya que se haya completamente colgada en plena pared del cañón, a 40 m. de la superficie de Los Losares y 60 m. por encima del actual cauce del río, que discurre completamente encajonado a los pies de esta cavidad y de La Serreta.

Durante la inspección de las paredes próximas a la cueva de La Serreta, en el marco de las excavaciones que se llevaron a cabo a finales de los 80', se localizó una tercera cavidad, colindante a La Serreta, y que muy probablemente sea parte del primitivo acceso esa cueva, hoy desplomado hasta el punto de que ambas están aisladas entre sí. En el interior de esta cavidad, conocida como **El Laberinto** por su compleja planta y el hecho de aparecer a veces como un

pequeña sima que desde la losa caliza desciende 16 metros hasta el fondo de la gruta.

Tras esas primeras exploraciones, para las que eran necesarias instalaciones de escalada, en 1990 se colocó una primera escalera metálica y cierre (sustituyendo la reja de 1981) de la cueva para su visita y preservación (Lomba y Salmerón, 1995: 142), y ya en 2003 se reacondicionaron completamente sus accesos y sistemas de protección, mediando entre ambas fechas varias intervenciones arqueológicas que documentaron, además de los paneles con arte esquemático que suman 46 figuras, niveles de ocupación neolíticos, romanos y de época medieval (Salmerón, 1995).

A finales de la década de los 80' se produce un segundo descubrimiento en el paraje, pero en la margen derecha del río y a cierta distancia de este. En el tramo medio de uno de los barrancos que descienden hacia el Segura, recogiendo las aguas de la vertiente oriental de la Sierra de la Palera, se localiza en el frente de una cresta rocosa de la umbría de la Sierra de la Palera, un abrigo-cueva, **Los Pucheros**, en una de cuyas hornacinas exteriores apareció una magnífica cabra identificada como arte levantino (Montes et al., 1993).

A principios de esa misma década se descubren río arriba, en el tramo del cañón que se corresponde con el término municipal de Calasparra, los **Abrigos de El Pozo**, con un total de 27 figuras dispuestas en cuatro paneles diferentes a lo largo de esta cavidad de 30 m de largo, 9 m. de profundidad y una altura máxima de 4 m., actualmente casi a la misma cota que el cauce del río, que discurre paralelo al abrigo en su margen derecha (San Nicolás, 1985).

En diciembre de 1981, casi enfrente de la cavidad de La Serreta y, por tanto, en la margen derecha del río, Joaquín Salmerón descubre pinturas rupestres, también esquemáticas, en la cavidad conocida como de **Las Enredaderas**, publicándose unos años más tarde (Salmerón, 1987). Se trata de un conjunto de cuatro cavidades muy próximas entre sí, en tres de las cuales

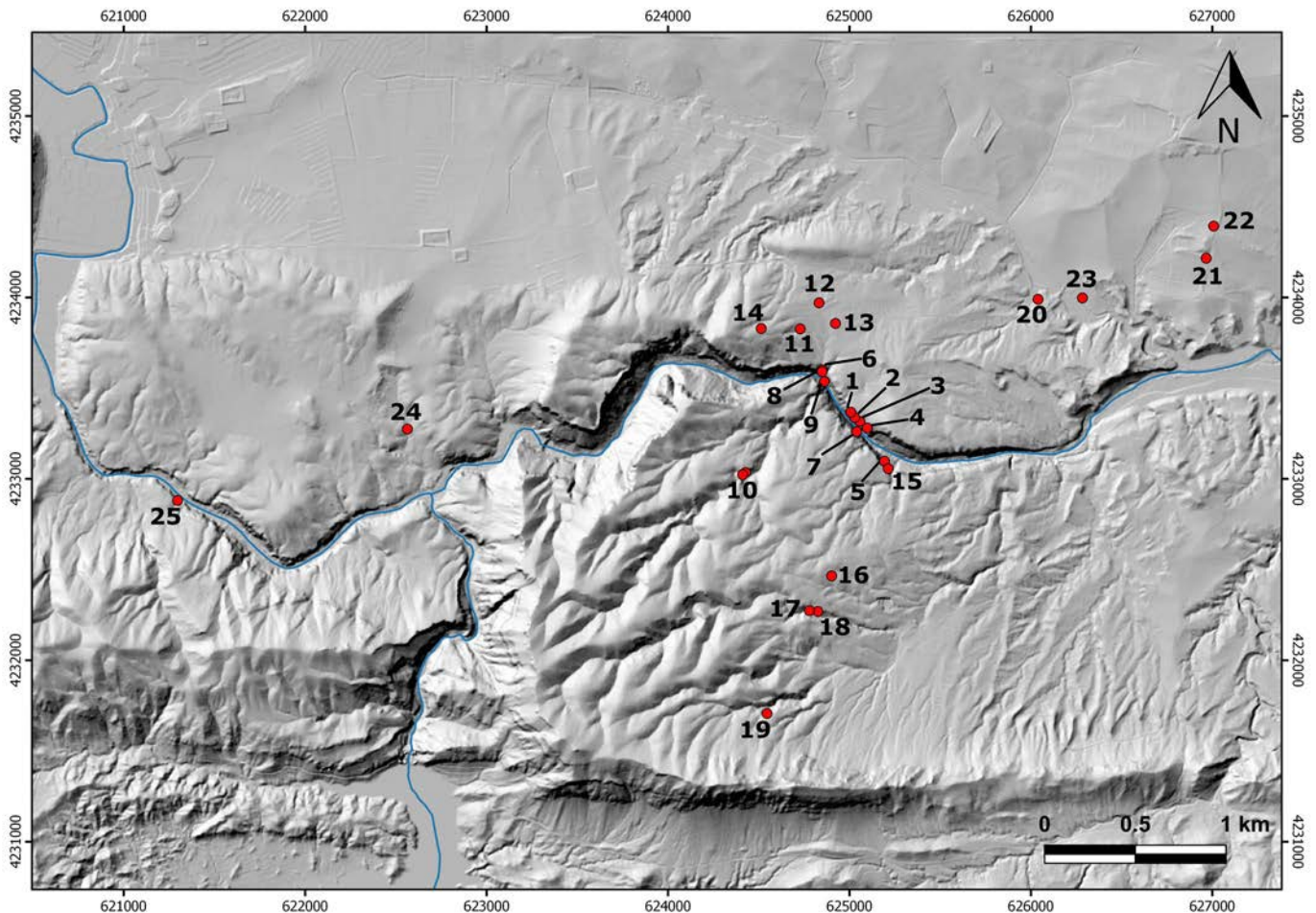
abrigo abierto y en otros sectores oculta al cañón, se hallaron varios grafitis de época moderna, además de dos pictografías prehistóricas, una de ellas un pequeño ídolo *oculado* (Salmerón et al., 1999b: 188-189).

Habrá que esperar a la década de los 90' para que se produzcan más hallazgos en la zona, fruto de las visitas a distintas cavidades del paraje por parte del Grupo de Espeleología Los Almadenes, complementadas por la prospección sistemática de la zona por parte de investigadores del Museo de Siyasa y la Universidad de Murcia. Los espeleólogos localizaron pinturas en los abrigos de **Los Rumíes** y **El Paso**, dentro del cañón, tratándose en ambos casos de abrigos hoy totalmente inaccesibles salvo con instalaciones de escalada, y en cuyo interior se localizaron, de nuevo, diversos restos de figuras esquemáticas y manchas informes (Salmerón et al., 1999b: 187-188).

Además, este grupo de espeleología, en colaboración con el Museo Arqueológico de Cieza, descubrió en 1993 tres cavidades con arte paleolítico, no ya en el mismo cañón sino a unos pocos cientos de metros del mismo y en la losa caliza que se extiende en la margen derecha del río, y que conocemos como cuevas de **Jorge**, **las Cabras** y **El Arco I y II**. El hallazgo supuso en su día el descubrimiento del primer arte paleolítico del Sureste peninsular (Salmerón et al., 1997) junto con los ya conocidos y más meridionales de cuevas de Ambrosio (Vélez Blanco, Almería) (Ripoll et al., 2012) y Nerja (Málaga) y que actualmente se completan con varios hallazgos más en el Campo de Gibraltar.

Las prospecciones arqueológicas efectuadas entre los años 1991 y 1997 permitieron ubicar más de una treintena de cavidades en todo el paraje que posteriormente se inspeccionaron con todo detalle, descubriendo nuevas pinturas, aunque de época moderna y diversos restos arqueológicos en varias de ellas (cuevas de **La Higuera**, **Greco I y II** y **El Miedo**). Todas estas cuevas se localizaron en el propio cañón de Almadenes. Estos trabajos sistemáticos también permitieron realizar los correspondientes calcos de los paneles localizados en todas estas nuevas estaciones de arte rupestre (Salmerón et al., 1999a) (Fig. 8.2. y Tabla 8.1.).

Fig. 8.2. Modelo renderizado del terreno del Cañón de Almadenes y su entorno, con los yacimientos citados en el texto: 1. La Serreta; 2. El Greco, 3. El Miedo, 4. Laberinto, 5. Higuera, 6. Paso, 7. Enredaderas+Jota+Hita, 8. Rumíes, 9. Fran, 10. Arco I y II, 11 a 14. Almadenes I a III, 15. Pilar, 16. Cabras, 17. Jorge, 18. Cuevas del barranco de Almadenes, 19. Pucheros, 20 a 23. Gatán I a IV, 24. Casa de la Maestra, 25. El Pozo (ilustración de Norman Fernández).



8.2. Las intervenciones arqueológicas

Cinco son las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo como campañas de intervención en la zona. Por orden cronológico, la primera actuación consistió en la **excavación de la cueva de La Serreta** (Fig. 8.3), primero con motivo del primer cerramiento y escalera de acceso a través de la sima (Martínez Sánchez, 1996), lo que permitió evaluar el potencial del yacimiento a través de diversos sondeos. Con posterioridad se efectuaron varias campañas ordinarias centradas en la documentación de los diferentes niveles de ocupación, a cargo de Salmerón Juan (2006).

El conjunto de estos trabajos permitió caracterizar el lugar como un santuario de arte esquemático con alguna figura ecléctica que presenta rasgos esquemáticos y levantinos (Mateo, 1992) vinculado a niveles de ocupación neolíticos, a los que se superpone una presencia calcolítica y del Bronce muy mal conservada, dos fases romanas en las que la cavidad se convierte en lugar de refugio para un personaje posiblemente relacionado con la esfera de la curación y la medicina, durante el s. III d.C., y finalmente un uso como redil en época medieval (ss. X al XIII) (Salmerón, 1993). En un momento incierto la cueva queda completamente aislada al desprenderse la visera que durante milenio había permitido llegar a ella con relativa facilidad.

Entre los años 1991 y 1992 se desarrolla la **prospección arqueológica de Los Almadenes-Losares** que se centra en el sector de este paraje perteneciente al municipio de Cieza, dirigido por Salmerón, Lomba y Cano (1999a). Estas labores de campo se desplegaron como consecuencia del hallazgo de arte paleolítico por parte de un grupo de espeleología colaborador del Museo de Siyasa, y supuso la revisión de todas las cavidades del paraje y la localización de nuevas pinturas en varias de ellas, además de la realización de los calcos de los nuevos hallazgos paleolíticos y postpaleolíticos. Estas prospecciones se diseñaron de manera integral, de forma que permitieron no solo localizar correctamente las estaciones rupestres ya conocidas, sino que catalogaron hasta treinta puntos de interés arqueológico de diversas épocas, entre cuevas con arte rupestre postpaleolítico y grafitis de la edad media y moderna, y yacimientos de cronología paleolítica, neolítica y calcolítica.

Además, en 2004 comienzan las **excavaciones arqueológicas en los abrigos de El Pozo**, conocida también como de Los Monigotes, bajo la dirección de Martínez Sánchez (1994; 1996; 2005), desarrollándose a lo largo de varias campañas. En el marco de esta intervención se localizaron niveles de ocupación y uso de la cavidad correspondientes al Paleolítico superior, Neolítico, Calcolítico, Bronce y épocas romana y medieval, formando parte de las actuaciones su puesta en valor y accesibilidad, siendo visitable desde 2009.

Tras el devastador incendio que sufre el paraje los días 8 a 11 de agosto de 2015, prácticamente en su totalidad centrado en la margen derecha del cañón, se proyectan una serie de actuaciones arqueológicas orientadas a la monitorización del estado de las pinturas rupestres próximas al área o incluidas en ella, así como a la contextualización del arte paleolítico de la cavidad que se encontraba en el sector más severamente afectado por el fuego. Por ello, en 2016 se efectúa la primera campaña de **excavaciones arqueológicas en la Cueva del Arco**, que documenta niveles de ocupación del Neolítico antiguo y varias fases del Paleolítico superior y del Paleolítico medio.

En paralelo a esta intervención se despliega una **campana de supervisión arqueológica del arte rupestre de Los Almadenes** que pudiera haberse visto afectado por el fuego o la emanación de gases asociada, en la que se aprovecha para revisar calcos antiguos, actualizar la documentación gráfica de los paneles y volver a inspeccionar cavidades de muy difícil acceso.

Por otra parte, y también en el marco de las actuaciones posteriores al incendio, se diseña y ejecuta una **campana de digitalización y monitorización en 3D del arte paleolítico**, presente en las cuevas de Arco, Cabras y Jorge, de manera que estas representaciones pasan a formar parte de las escasas estaciones rupestres con este nivel de documentación gráfica y control a nivel de todo el Arco Mediterráneo. El conjunto de esta publicación reúne en primicia los resultados de todas estas intervenciones relacionadas con el incendio.

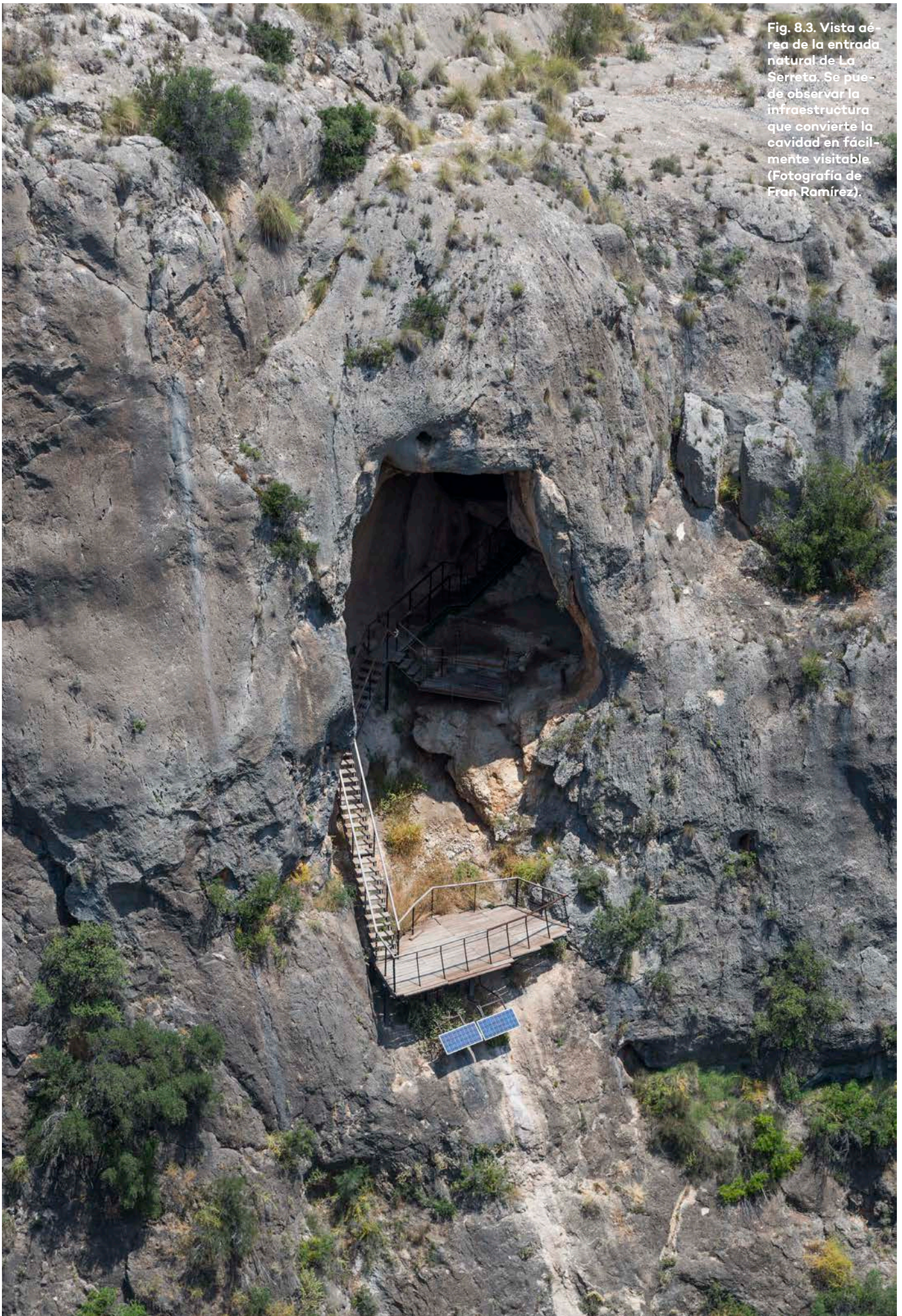


Fig. 8.3. Vista aérea de la entrada natural de La Serreta. Se puede observar la infraestructura que convierte la cavidad en fácilmente visitable (Fotografía de Fran Ramírez).

8.3. La presencia de grupos neandertales

Los primeros rastros constatados de actividad humana en el paraje se remontan al Paleolítico medio y proceden de ambos márgenes del río, dentro del municipio de Cieza en todos los casos menos en un yacimiento, ya en tierras de Calasparra. Se corresponden con varios hallazgos al aire libre de una serie de restos de talla y útiles de cuarcita en la margen izquierda del río, varios de ellos al E y al W de La Mulata y otros algo más alejados del paraje, y después un elemento tipológico documentado durante las excavaciones en la Cueva del Arco, y por tanto en la margen derecha del río, en pleno Almadenes, en contextos estratigráficos arqueológicos.

El primero de estos yacimientos está identificado en la carta arqueológica como **Taller Almadenes I-III**. Los restos, visibles en superficie, se encuentran dispersos en tres áreas muy próximas entre sí, todas ellas en la cota inferior de ladera meridional de La Mulata, cuando ésta va adquiriendo horizontalidad para conectar con la losa caliza en la que, unos pocos cientos de metros más al E, se ubica la sima de La Serreta (Salmerón et al., 1999a).

En estas tres localizaciones se documentan numerosos restos de talla sobre nódulos de cuarcita que afloran en esa zona de manera natural sobre la caliza y que presentan huellas de percusión directa realizada con percutor duro, localizándose además algunas lascas que podrían tener evidencias de uso, si bien en ningún caso han aparecido elementos que se puedan adscribir con claridad a tipos funcionales como podrían ser raederas u otros útiles. Algunos de estos elementos muestran extracciones centrípetas que apuntan a la existencia de técnica levallois, un claro indicador de que se trata de un lugar en el que merodearon grupos neandertales durante el Paleolítico medio.

Estos materiales se localizan siempre en contextos de glacis o abanicos aluviales, como ocurre también con otros hallazgos de igual cronología localizados a 1 y 1,7 kms. al E de Almadenes I-III, y por tanto en esa misma línea imaginaria que delimitaría septentrionalmente el paraje de Los Almadenes. Estos yacimientos se citan en bibliografía como **Gatán 1 y 4** y **Gatán 2 y 3**, respectivamente (López et al., 1997), y en ellos también se han documentado numerosos elementos de cuarcita en superficie, que se adscriben al Pleistoceno superior y que tipológicamente se identifican como pertenecientes a los complejos musterienses (Fig. 8.4).

Esta circunstancia de que los restos de talla y de útiles se localicen sobre techos erosionados de abanicos aluviales es una constante en toda la cuenca de Calasparra-Cieza. Así, si seguimos dicha cuenca más hacia el E aún, Arana y López (2005: 27) citan el yacimiento del Paleolítico medio de **Fuente Fonseca**, a 4 kms. en dirección ESE de Gatán 4, donde aparecen diversos artefactos líticos nuclearizados, una serie de subproductos dejados por los grupos humanos como consecuencia de las actividades de subsistencia de explotación del medio.

Para tener un panorama completo de este sector que queda en la margen izquierda del río debemos hacer referencia igualmente al yacimiento de Almadenes 1 (López et al., 1997), ya en el término de Calasparra y conocido en el terreno como **Cortijo de la Maestra**, sobre un glacis que preside un pequeño barranco que desemboca en el Segura y que se sitúa unos 200 m. al N. de la Casa del Maestro, 500 m aguas arriba del Embalse de Almadenes.

Visto el registro superficial en su conjunto de todos estos lugares, llama la atención el hallazgo en superficie, en apenas 6 kms. lineales, de al menos ocho localizaciones con restos de talla e, incluso, elementos configurados que se corresponden con industrias musterienses sobre cuarcita. Si siguiéramos el río aguas abajo, poco después de la actual ubicación de Cieza, y también en la margen izquierda del Segura, encontramos otro yacimiento musteriense, El Molar (Abarán), si bien en este caso con industrias mayoritariamente en cuarcita, pero donde el sílex tiene ya una presencia destacada (López, 1997/98). De hecho, a lo largo del valle son relativamente frecuentes los hallazgos de esta cronología a través de yacimientos superficiales, siendo el más conocido de ellos Las Toscas (Molina) (Montes et al., 1997/98), de nuevo en la margen izquierda del Segura pero ya alejado de la zona en estudio una treintena de kilómetros.

Estos hallazgos atestiguan de manera clara la presencia de grupos neandertales en la zona

(Fig. 8.5), que explotarían el medio en todas las tierras inmediatas a la margen izquierda del Segura en un momento indeterminado del Pleistoceno superior, entre hace 125.000 y 30.000 años, teniendo ante sí un amplio dominio visual de toda la cuenca que se extiende al norte de la sierra de la Palera. Los restos líticos, además, apuntan a la existencia de desplazamientos entre estos lugares, transportando en algunos casos el utillaje, lo que justifica que encontremos restos tallados de cuarcita en parajes en los que estos materiales no afloran de manera natural.

López y otros (1997: 85 y 87) han estudiado con detalle los yacimientos de Gatán 1 a 4 y Almadenes 1 (Cortijo de la Maestra), llegando a la conclusión de que existe una alta variabilidad entre ellos, lo que puede relacionarse con los patrones de comportamiento espacial y económico de los grupos neandertales. Desde el punto de vista de la materia prima, todos ellos muestran el empleo de cuarcitas procedentes de las molasas de la zona, pero el perfil de los conjuntos es distinto, según el yacimiento que tratemos.

Así, en Gatán 1 hay una mayor dispersión de artefactos, con más núcleos y pocas lascas, y una talla que apunta a un índice levallois elevado, mientras que Gatán 3 se caracteriza por la documentación de muchos denticulados y poca presencia tanto de raederas como de lascas levallois, derivándose de estas diferencias entre ambos lugares que se orientaron a tareas diferentes. Más concretamente, estos autores plantean que tanto Gatán 1 como Gatán 4 serían sitios de reposición de materias primas y acumulación de productos levallois, partiendo los grupos desde esos puntos para desarrollar otras actividades, desplazándose dentro de pequeños radios de acción y actuando en otros emplazamientos en los que detectaríamos un mayor peso de denticulados y raederas. Gatán 2, por su parte, se localiza en un lugar en el que no hay materia prima de manera natural, por lo que podría estar representando una concentración de restos líticos que podrían provenir de Gatán 1 y que habrían sido acarreados expresamente por los grupos neandertales.

En cuanto a Almadenes 1/Casa de La Maestra, situada a cierta distancia de Gatán 1 al 4 pero muy cerca del río y al oeste de La Mulata, a diferencia del resto de yacimientos comentados, muestra un conjunto de elementos líticos que configura un escenario distinto, pues está constituido por un 12% de núcleos y un 88% de lascas que están hechos, además, por cuarcitas de molasas de menor porte. En este caso se trataría del punto más alejado de la célula estable en torno a la cual pudo establecerse el grupo, y que podría ser Gatán 1.

El único lugar que presenta una estratigrafía clara, es decir, sin que se trate de hallazgos de superficie o alterados con respecto a su posición original, es la secuencia que presenta la **Cueva del Arco**. Dicho enclave ofrece una clara ocupación perteneciente al Musteriense, donde las materias primas utilizadas son las cuarcitas y el sílex, y los útiles más característicos las raederas. La fauna preservada y la presencia de hogares de esta misma cronología nos indica una cierta estabilidad, con aprovechamiento de los recursos que se encontraban en su entorno.

Este importante yacimiento nos permite afirmar que los grupos neandertales no solo deambularon por los territorios situados en la margen izquierda del Segura sino que, además, se adentraron en las laderas inmediatas a la Sierra de la Palera, en la margen derecha del río y,

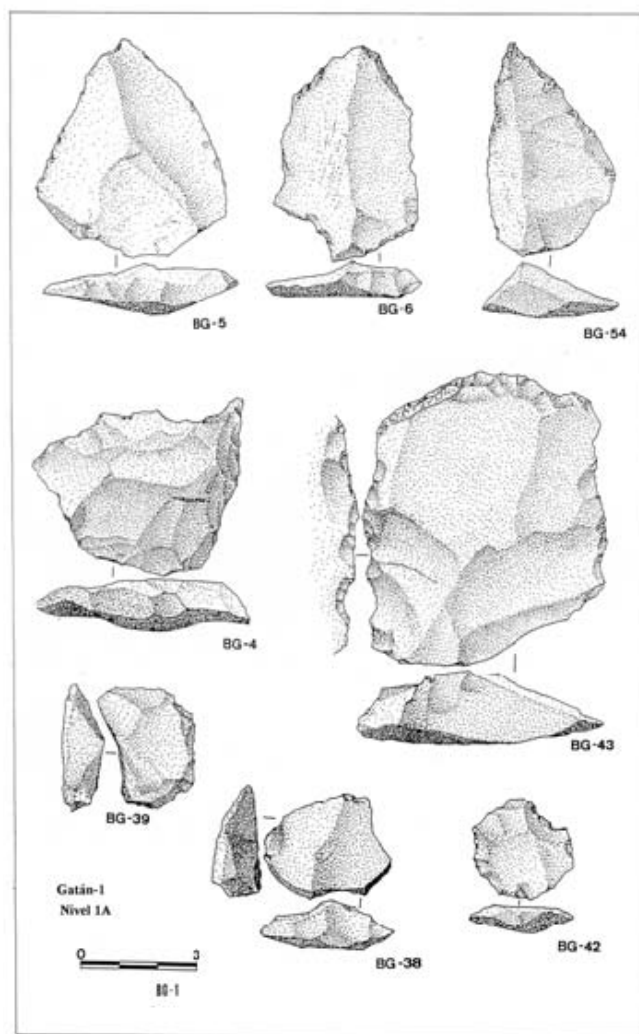


Fig. 8.4. Industrias musterenses en cuarcita procedentes del yacimiento del Paleolítico medio de Gatán I (López Campuzano et al., 1997: 84).

por tanto, salvando su cauce. Su ubicación en el contexto de una cueva evidencia una larga secuencia de ocupación, con la presencia de humanos, no sólo durante el Paleolítico medio, sino que llegó al Neolítico inicial.

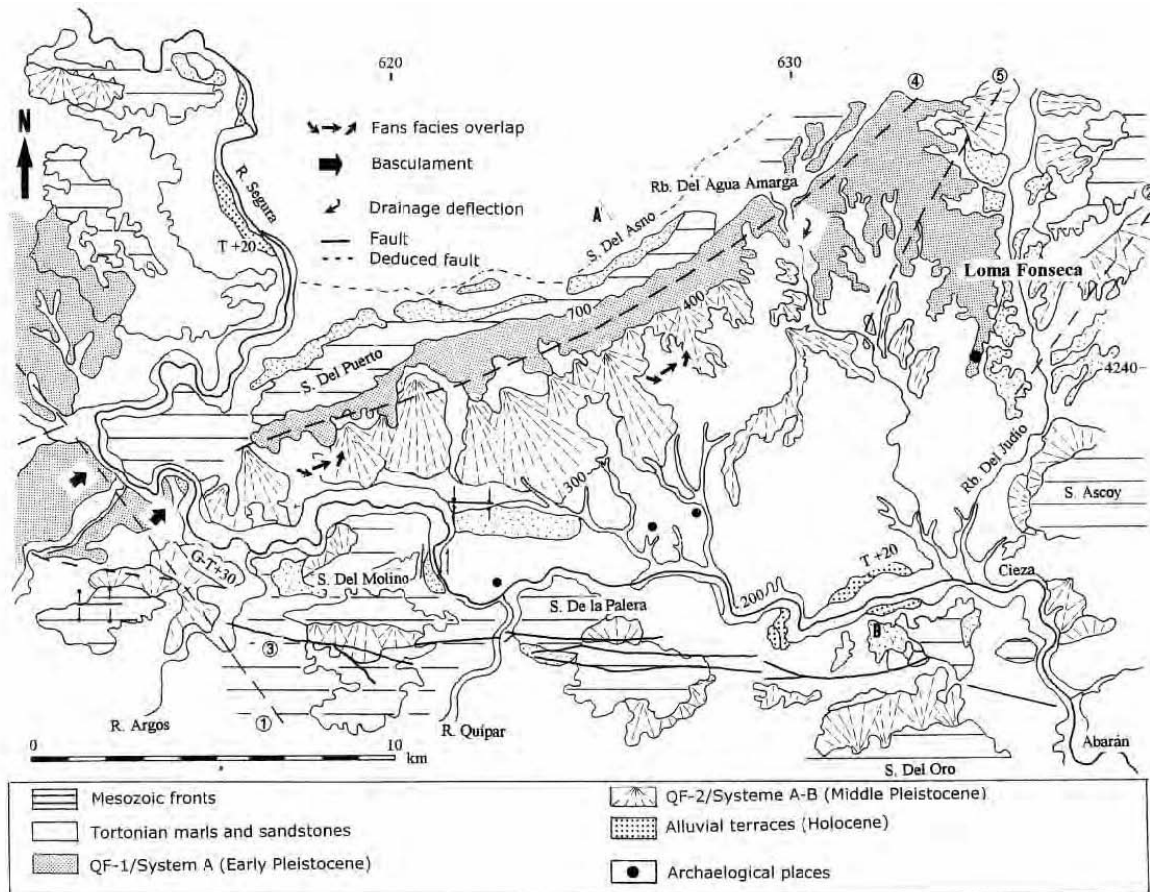


Fig. 8.5. Esquema geomorfológico de la cuenca Calasparra-Cieza, con señalización de yacimientos del Paleolítico medio (López Campuzano et al., 2008: 89).

8.4. La llegada de las sociedades cazadoras-recolectoras del Paleolítico superior

La presencia de grupos de Humanos Anatómicamente Modernos (HAM) en el entorno de Los Almadenes está atestiguada de manera clara por las representaciones rupestres halladas en las cuevas de El Arco, Jorge y las Cabras, así como por los restos arqueológicos en yacimientos como el Barranco de los Grajos, la Cueva de la Barca o la ya citada Cueva del Arco, siendo este último lugar el que nos ofrece una mayor cantidad de información acerca de este periodo.

Si lo comparamos con la elevada presencia de asentamientos, a partir del V milenio a.C., la zona objeto de estudio presenta un débil poblamiento durante el Paleolítico superior (Fig. 8.6), situación que se justifica claramente por los procesos postdeposicionales que dañan los asentamientos -incluso haciéndolos desaparecer-, el menor índice demográfico en comparación con las sociedades productoras y, por último, el carácter estacional de estos grupos que no suele generar asentamientos de larga duración. Sin embargo, y sin obviar lo anteriormente citado, no debemos olvidar la ausencia, hasta el momento, de un trabajo pormenorizado que analice más asentamientos pertenecientes a esta época, lo que ha influido en gran medida sobre los conocimientos que se tienen de estas sociedades en esta zona.

Desde el punto de vista arqueológico, lo que sabemos de los primeros humanos modernos que pasaron por Cieza es que utilizaban cuevas y abrigos y que transitaban en pequeños grupos, de 10 a 15 personas. El primer período del Paleolítico superior que se conoce es el **Gravetiense**, que se prolonga hasta hace unos 25.000 años.

Esta fase está representada de momento únicamente en la Cueva del Arco, donde tenemos vestigios de una ocupación con hogares perfectamente conservados. Uno de ellos se data en hace 30.500 años y se compone de una estructura de piedras, repleta de cenizas, que sirvió de contenedor para una hoguera. Con respecto a las herramientas de piedra encontradas, se constata industria lítica típica de estos grupos, de donde destacan raspadores, buriles y elementos de proyectil, entre ellos puntas líticas con dorso, claramente diseñadas para fines cinegéticos.

En este período, las condiciones climáticas empiezan a acercarse al máximo de frío y sequía de los últimos 100.000 años, el “último máximo glacial”, lo que aminoró la abundancia de recursos y, por la tanto, el poblamiento humano. Sin embargo, entre hace aproximadamente 27.500 y 19.500 años, cuando las condiciones de frío y sequía están al máximo nivel, es posible que el entorno de la Cueva del Arco fuera una especie de “oasis”, que atraía a personas y animales, en una vía de paso natural que une con la cuenca del río Mula, donde también estuvieron, como lo atestiguan los yacimientos de Finca de Doña Martina y La Boja en la Rambla de Perea (Zilhão et al., 2010).

Arqueológicamente hablando, este período coincide con la parte final del Gravetiense y, a continuación, con el **Solutrense**. De esta etapa también tenemos vestigios líticos, como una punta de muesca, característica del Solutrense superior. La materia prima empleada en su realización es el sílex y está tallada sobre una lámina estrecha y plana. La cadena operativa de este tipo de puntas se inicia mediante un retoque abrupto, realizado mediante percusión directa, que da forma a la punta, caracterizándose por la creación de una muesca en la zona proximal de la pieza, al igual que el retoque del borde opuesto a la muesca.

Por otra parte, también son testigos de tales desplazamientos las cuevas con arte paleolítico de Las Cabras, Jorge y El Arco, en donde el estilo de las pinturas es acorde con una cronología de época solutrense y magdalenense. Es muy probable que, en algún momento de sus vidas, sus autores hayan también acampado en otros abrigos como los ya citados yacimientos de Mula, donde una gran cantidad de piezas líticas y varias secuencias de hogares nos dejan constancia de la importante ocupación que se produjo durante esta etapa.

En el final del último período glacial, entre hace aproximadamente 16.000 y 12.000 años, nos encontramos con una mejora climática que influirá en el aumento de las lluvias y, por lo tanto,

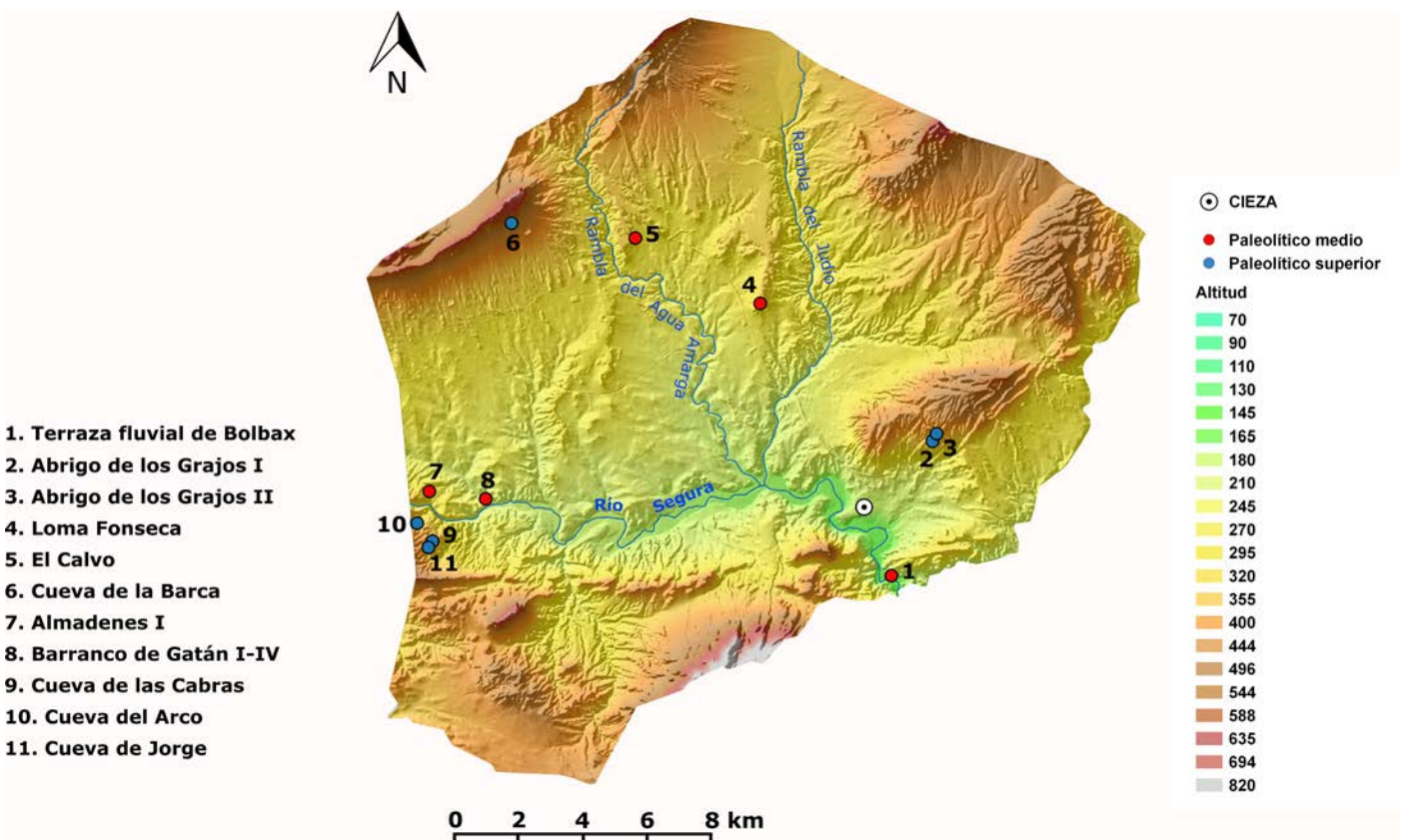


Fig. 8.6. Término municipal de Cieza con los yacimientos actualmente conocidos del Paleolítico medio y superior (ilustración de Norman Fernández).

generará más vegetación, un mayor número de animales y, consecuencia de todo ello, más capacidad para alimentar a gente. La consecuencia de este proceso es que los lugares que eran de paso se van transformando, poco a poco, en puntos de estacionamiento más prolongado, algo que se ve bien reflejado en las secuencias estratigráficas de los yacimientos.

Arqueológicamente, esta fase se corresponde con las culturas del **Magdaleniense** y del **Epi-magdalenense**, de las cuales hay también abundantes vestigios en la costa de Cartagena. En Cieza, quizás, la Cueva del Arco también fue utilizada en esta época, pero haremos más hincapié en otro enclave que por su industria se adscribe a este final del Paleolítico superior: el Barranco de Los Grajos.

El yacimiento de Barranco de los Grajos (Fig. 8.7) está situado en la Sierra de Ascoy, a 5 km de Cieza, en la parte superior del barranco homónimo a 550 m. sobre el nivel del mar. Se trata de un abrigo rocoso abierto en calcarenitas con unas dimensiones de 7 m. de profundidad y 8 de anchura media. En la entrada, la altura varía de los 8 a los 9 m., confiriéndole a la cavidad unas características más de refugio temporal que de hábitat permanente (Salmerón y Rubio, 1995: 590).

La primera noticia del yacimiento data del año 1962, momento en que el grupo local de espeleólogos (O.J.E), coordinado por E. López Pascual, descubría una serie de pinturas rupestres distribuidas por distintas cuevas del entorno, que fueron posteriormente publicadas por el profesor A. Beltrán (1969) y el grupo de arqueología “Neanderthal” de Cieza (1972). En ese mismo año, M. Walker lleva a cabo una excavación parcial del yacimiento tras la documentación -realizada por Beltrán- de depósitos fértiles en la cueva. En ella se obtuvo una datación radiocarbónica que fechaba los niveles en los que se encontró cerámica en el 7200+160 BP (5293 a.C.). Los resultados fueron publicados mediante una serie de artículos, en los que también participó A. Cuenca (1975, 1977). Los resultados de las investigaciones indicaron la existencia de cuatro niveles (Martínez-Andreu, 1995: 62): dos niveles cerámicos superiores, seguidos por otros dos niveles precerámicos, que podrían adscribirse al Paleolítico superior final.

Fig. 8.7. Vista general de los abrigos I y II del Barranco de los Grajos (Fotografía de J. Lomba Maurandi).



Los materiales recuperados durante la excavación del sondeo fueron en parte depositados en el MAN, y posteriormente estudiados por Javier Fortea (1973) durante la elaboración de su Tesis Doctoral, llegando a realizar una propuesta junto con Walker de excavación sistemática del yacimiento, que nunca se llevó a cabo. Fortea observó, atendiendo a las características del nivel II y a los materiales allí encontrados, que los dos primeros niveles serían en realidad un único momento Neolítico y los dos inferiores los identificó como Epipaleolítico microlaminar similar al de Lla Mallada (Fortea, 1973: 239).

Martínez-Andreu (1988), al abordar el estudio de las etapas finales del Paleolítico superior en Murcia, señala que la industria lítica recogida en el Museo de Cieza, en conjunto con la de los niveles inferiores ya estudiada por Fortea (1973), puede adscribirse tipológicamente al Magdaleniense superior, afirmación que también ha sido respaldada recientemente por otros investigadores al estudiar la ocupación del final del Pleistoceno en la Región (Román et al., 2013: 173). La hipótesis planteada significaría que estas evidencias, junto con las especies consumidas, son similares entre las comunidades que habitaron el Barranco de los Grajos, hecho ya apuntado por Walker en 1977, en el que la cerámica sería simplemente un elemento foráneo que poco modificaría los modos de vida de quienes los emplearon.

Las últimas investigaciones corrieron a cargo de M. Martínez-Andreu (1995) y J. Salmerón y M. J. Rubio (1995). Continuando en la misma línea de los planteamientos de Martínez Andreu señalaron que, a medida que el tiempo fue avanzando, los grupos que habitaron el Barranco de los Grajos tuvieron que depender más de la depredación en su entorno más inmediato, hecho documentado mediante un aumento en el consumo de presas más pequeñas como lagomorfos, reduciéndose quizá su movilidad como causa del aumento demográfico del Sureste y aumentando la competencia territorial entre varios grupos de la zona (Salmerón y Rubio, 1995: 597).

En la actualidad, A. de Lucas (2016) ha realizado una revisión de los materiales, con motivo de su Trabajo Fin de Máster, que confirma la adscripción de los mismo al Magdaleniense final/Epimagdaleniense, aunque detecta elementos líticos que podrían pertenecer a un periodo anterior, el Solutrense, por tratarse de piezas con cierto adelgazamiento bifacial, así como una posible punta de muesca fracturada que pertenecería a una fase final de dicha etapa (Fig. 8.8).

No podemos cerrar el estudio de este periodo en Cieza sin hablar de la Cueva de la Barca, situada en la Sierra de la Cabeza del Asno. La primera referencia que se tiene de ella es en la “Descripción y relación de la villa de Cieza hecha por orden de Felipe II por el bachiller Alonso Marín y Mena y dos viejos de esta villa el 25 de Marzo de 1579” (Real Biblioteca de El Escorial, manuscrito titulado “Relaciones de los pueblos de España”), que fue reproducida por Capdevilla (1928: 40-41).

La cueva presenta dos entradas y, por desgracia, ha sido muy dañada por los clandestinos. Entre los pocos restos líticos recuperados, la mayoría de sílex, aparecen raspadores sobre lasca, raspadores nucleiformes, soportes laminares y núcleos. Todo ello nos lleva a pensar que se trata de una ocupación correspondiente a este final del Paleolítico, aunque habrá que confirmarlo con una intervención en el futuro y un estudio de los materiales encontrados.

8.5. Las comunidades epipaleolíticas

Las condiciones ambientales de inicios del Holoceno son el contexto en el que debemos interpretar la presencia de distintos grupos humanos en la cuenca del medio Segura, en general, y del sector de Almadenes, en particular. Debido a los propios patrones de movilidad de los grupos de cazadores-recolectores epipaleolíticos, primero, y de las primeras comunidades neolíticas productoras de alimentos, la condición de la zona de lugar de paso e intercambiador entre las tierras interiores de las Submeseta Sur y la costa mediterránea del Sureste, entre el interior alicantino y Altiplano con el Noroeste, adquiere especial trascendencia.

Sin esta visión para la zona no es posible comprender la presencia humana en estos períodos ni la concentración de arte postpaleolítico, de cronología neolítica y quizás algo posterior, que



Fig. 8.8. Industria lítica del Barranco de Los Grajos (Fotografía de Fran Ramírez).

de manera tan extensa se muestra en el Cañón de Almadenes, aunque no siempre con las mejores condiciones de conservación. Y todo ello ocurre en un contexto ambiental de aridez, con un paisaje similar al actual (salvando el impacto que en nuestros días tiene la actividad antrópica), donde dominaría la estepa como cobertura vegetal primordial, con una escasa masa forestal que, además, estaría constituida mayoritariamente por pinos (Martínez Andreu, 2003: 150). Algunos autores, en este marco general, señalan que algunos taxones de los diagramas polínicos apuntan a un clima ligeramente más frío que el actual, pero en todo caso en el marco atemperado propio del clima mediterráneo (Munuera y Carrión, 1992).

Hasta las intervenciones arqueológicas acometidas tras el incendio de Los Almadenes, el registro epipaleolítico solo era conocido, en toda la cuenca Calasparra-Cieza, por dos yacimientos. El primero de ellos está representado por el hallazgo de utillaje lítico y algún resto de fauna en la cavidad conocida como Grajos II, en la sierra de Ascoy. El segundo, los abrigos de **El Pozo** (Calasparra), en los que aparecen materiales de igual cronología. Entre ambos median 18 kms. en línea recta (Fig. 8.9). No obstante,

conocida la movilidad de estas comunidades, es importante su conocimiento para calibrar la posible presencia de epipaleolíticos en la Cueva de El Arco, en pleno corazón de Los Almadenes.

Los Grajos II es un yacimiento conocido desde los años 70 del s. XX, que forma parte de un conjunto de tres cavidades muy próximas entre sí, cuyas paredes ofrecen arte rupestre postpaleolítico, de estilos levantino y esquemático el Abrigo I o Grande de los Grajos, esquemático las otras dos (abrigos II y III) (Fig. 8.10). Las excavaciones llevadas a cabo entonces documentaron cuatro niveles arqueológicos muy alterados, identificándose la ocupación de la cavidad por parte de una comunidad epipaleolítica que nos ha dejado varias laminillas de sílex de borde abatido y núcleos prismáticos.



Fig. 8.9. Vista aérea de la localización de los abrigos de El Pozo (o Cueva de los Monigotes), en Calasparra, que actualmente se encuentran ocultos tras la masa de cañas de río que se observan en la imagen y en torno a los cuales existe actualmente un acceso habilitado para observar la visera y sus pinturas postpaleolíticas (Fotografía de J. Lomba Maurandi).



Además, entre esos materiales revueltos se localizó un conocido fragmento de cerámica con decoración cardial. Se trata de un objeto que indudablemente corresponde a los primeros instantes del Neolítico peninsular y que se relaciona con esos pioneros neolíticos llegados a las costas peninsulares. Estos grupos interactuaron con los cazadores-recolectores autóctonos, contactos que acabaron aculturándolos hasta transformarlos en comunidades productoras de alimentos, dando lugar a la definición, primero, y expansión, después, de un Neolítico local.

El interés del hallazgo residió en estar asociado a dos dataciones absolutas, una radiocarbónica que arrojó una fecha de 7200 ± 120 BP (HAR-179-III) y otra de termoluminiscencia sobre la propia cerámica que proporcionó una algo más antigua, de 7950 ± 500 BP (AdTL-2001). Aunque la cerámica es de clara filiación neolítica, el resto de materiales que aparecen en el abrigo apuntan más a una comunidad de cazadores-recolectores, por lo que se interpreta como un objeto que se obtuvo mediante el intercambio de productos con grupos neolíticos pioneros y, por tanto, coetáneos. Es, en todo caso, el resto neolítico conocido más antiguo de toda la región, y poseer una fecha tan lejana encaja bien con la interpretación de que se trate de un elemento llegado por intercambio, pues es una fecha muy elevada para estar en un lugar tan al interior con respecto al Neolítico costero. Así, nos delataría la existencia en el abrigo de una comunidad epipaleolítica y, por lo tanto, con una economía de cazadores-recolectores, en contacto directo o indirecto con los primeros grupos de ese Neolítico Cardial pionero en nuestras costas.

El tercer registro de cazadores-recolectores lo localizamos en pleno paraje de Almadenes y se debe a las excavaciones efectuadas en la **Cueva del Arco** tras el incendio de 2015. Se trata de una secuencia que representa diferentes momentos del Paleolítico superior, y con una posible presencia epipaleolítica habitando ese paraje, por el hallazgo de varios elementos líticos geométricos usados a modo de proyectil para actividades de caza. Como ya hemos indicado al evaluar el Paleolítico superior en la zona, se trata del sitio arqueológico en el que previa a esta ocupación tenemos presencia humana desde el Gravetiense.

El estado inicial de los trabajos de campo no permite hacer mayores precisiones al respecto por el momento, aunque si nos sirve para plantear la posible existencia de un grupo de cazadores recolectores en pleno paraje de Los Almadenes en el momento en el que los grandes fríos paleolíticos han remitido y están dando paso a las condiciones climáticas benignas en las que se desarrollan los grupos de cazadores-recolectores y en las que posteriormente se expandirá el

Fig. 8.10. Vista frontal del conjunto de Los Grajos: a la izquierda el Abrigo I o Grande, donde se localizaron los niveles de epipaleolíticos y pinturas rupestres levantinas y esquemáticas; a la derecha, el Abrigo II, que contiene el conocido panel con la famosa escena de danza femenina (Fotografía de J. Lomba Maurandi).

Neolítico. En cualquier caso, procesos postdeposicionales de desmontaje de niveles, vinculados a erosiones de sedimentos en cueva en el marco de las fluctuaciones climáticas holocénicas pueden haber desmantelado niveles posteriores también del Epipaleolítico, como ocurre de hecho con los neolíticos antiguos en uno de los sectores de la Cueva del Arco.

Las citadas localizaciones se caracterizan por tratarse de lugares de hábitat en abrigos amplios y poco profundos, lo que ya supone un indicador claro de que no era la defensa frente a condiciones climáticas muy hostiles el criterio de selección de estas ubicaciones. Además, se encuentran en lugares de topografía muy cerrada, se trate de barrancos abruptos y angostos como en Grajos II, o del propio cauce del Segura, como pasa en El Pozo, con nulo control visual del territorio que las circunda, sólo visible cuando se supera la pared del barranco en el que se encuentran encajonados, momento en el que esa nula visibilidad da paso a poder otear porciones muy importantes de la cuenca. Dicho de otro modo: ambos emplazamientos pasan completamente desapercibidos hasta que no se está a unas decenas de metros de la cavidad.

En el caso de Grajos II, ese acceso visual afecta a todo el sector del valle situado junto a Cieza y al sur de ese lugar, incluyendo el estrecho por el que el Segura abandona estas tierras para introducirse en el valle de Ricote, que queda a 4 kms. en línea recta y en llano hacia el sureste y, por tanto, dentro de su área de captación de recursos accesibles andando a una hora de distancia.

El campo visual desde la Cueva del Arco abarca toda la cuenca Calasparra-Cieza, desde las sierras del Puerto y Cabeza del Asno al norte hasta la de La Palera, que impide ver el campo de Mula que queda en la otra vertiente. Sin embargo, ese campo visual es en este caso engañoso si lo entendemos como elemento que pudiera facilitar el acceso al mismo, pues la práctica totalidad queda en la margen izquierda del Segura y, por tanto, en la contraria de aquella en que se ubica El Arco, mediando entre ambas el inmenso y difícilmente flanqueable cañón, que en ese sector alcanza su mayor profundidad y verticalidad. En cuanto a El Pozo, una vez que se accede a la superficie horizontal caliza en la que se talla el cañón, algo que puede hacerse con relativa facilidad, el control visual de los paisajes alomados que desde ahí comunican con el corredor que conecta la cuenca del Segura con las tierras del Noroeste, entre las sierras del Puerto y Los Molinos, es más que evidente.

A falta de continuar los trabajos de campo, solo podemos apuntar que una y otra comunidades se abastecerían de la recolección en sus entornos inmediatos, que complementarían con caza (ungulados y lagomorfos como especies dominantes) y con la captura para el consumo de especies menores como gasterópodos terrestres (Martínez Andreu, 2003: 151) vinculadas a los cursos fluviales próximos, ranas y tortugas en el caso de Grajos II y, obviamente, en El Pozo. Solo las excavaciones nos permitirán confirmar este planteamiento, que es el más plausible si atendemos a los datos procedentes de otros yacimientos similares de la vertiente mediterránea peninsular que han sido excavados con mayor profundidad.

En cualquier caso, hablamos de estrategias de subsistencia basadas en la diversificación de fuentes de recursos, lo que les dota de la suficiente versatilidad como para reducir de manera sustancial sus patrones de movilidad, con respecto a los desarrollados en el Paleolítico superior, a pesar de no poseer economías productoras. Algunos autores se refieren a estos patrones como de “nomadismo restringido”, mediante el cual los grupos humanos pivotarían de manera estacional sobre más de un hábitat, combinando costa/interior o valle/montaña (Ramos et al, 1998, en Martínez Andreu, 2003: 153).

Si podemos insistir en que ambas ubicaciones permiten no estar visibles con respecto a sus entornos inmediatos y sus áreas de captación de recursos, y que desde ellas se accede con mucha facilidad a laderas montañosas de superficies poco escarpadas, interrumpidas por barrancos que sí son agrestes y que, por tanto, dificultarían el tránsito de animales de porte medio y pequeño, lo que a su vez facilitaría las tareas de caza cooperativa. También conviene destacar que no se trata de lugares ubicados en cotas elevadas y a los que sea difícil acceder, lo que les dota de una gran versatilidad a la hora de captar recursos situados a cotas bajas y altas, reproduciendo

do una pauta típica de comportamiento de los grupos de cazadores-recolectores de situar los hábitats en cotas intermedias, en medias laderas.

Los restos conocidos de las comunidades epipaleolíticas de Grajos II y El Arco indican cronologías diferentes, pues mientras los materiales de la Cueva del Arco remiten a un momento antiguo, los de Grajos II y su datación absoluta apuntan a un momento final de esos grupos de cazadores recolectores (7.200-7.950 BP). No tenemos de momento materiales que apunten en ese sentido en El Arco, pero sí que se ha constatado con claridad un nivel de ocupación del Neolítico antiguo en uno de sus sectores, y la presencia de un geométrico sobre sílex -concretamente un triángulo de retoque abrupto- nos podría indicar la presencia de un nivel desmantelado del Epipaleolítico. En el próximo yacimiento de El Pozo sí encontramos materiales que podrían de nuevo indicar presencia epipaleolítica para este momento.

8.6. Los primeros grupos productores de alimentos: el Neolítico antiguo

Como ya hemos comentado, tenemos un registro cerámico en **Grajos II** a apenas 15 Kms. de la zona e incluido en la cuenca Calasparra-Cieza, compuesto por un fragmento cerámico con decoración cardial impresa y varios más sin decorar, en un contexto de materiales sin una clara posición estratigráfica pero cuyos rasgos formales apuntan mas a una comunidad de finales del Epipaleolítico que, a tenor de las fechas absolutas (7.200 ± 120 BP; 7.950 ± 500 BP), habrían contactado con gentes neolíticas pioneras y coetáneas, de las que habrían obtenido esas cerámicas mediante algún tipo de intercambio, probablemente.

Desde este punto de vista, provisionalmente y en tanto no se produzcan nuevos hallazgos, consideraremos ese yacimiento como epipaleolítico, si bien contiene material cerámico que indican esos contactos y, por lo tanto, la muy probable cercanía de grupos neolíticos primigenios. Ahondando en la cuestión, si analizamos el entorno inmediato de Grajos II, es mas propio de un emplazamiento adecuado para tareas de caza y recolección que para desarrollar prácticas agrícolas, aunque fueran a muy pequeña escala.

Así, el barranco de los Grajos puede llevar de manera circunstancial alguna mínima corriente de agua, asociada a precipitaciones puntuales. Esta circunstancia da lugar a pequeños estancamientos de agua en cazoletas naturales de la caliza del fondo del barranco, lugar propicio para fauna de charca como pequeños anfibios (ranas, sapos) o incluso quelonios (tortuga de tierra). Además, esta agua proporcionaría una concentración de bayas y frutos que precisan de mayor humedad, e indudablemente se convertirían en foco de atracción de especies susceptibles de ser cazadas (lagomorfos, cápridos, aves), en la medida en que actuarían como abrevaderos naturales en un entorno básicamente seco. Parece además improbable, en ese contexto rocoso, que pudiera desarrollarse una incipiente agricultura, pues apenas hay soporte edáfico que pudiera sustentarla, y tampoco se dan en esta sierra de Ascoy recursos de montaña lo bastante alejados del valle o lo suficientemente exclusivos de ese entorno como para justificar, como sí ocurre en La Serreta, una presencia neolítica estacional que, en todo caso, sería de un momento mas avanzado, dentro de dinámicas que no se corresponden con ese primer Neolítico cardial.

De este modo, queda clara la presencia de cerámica con este estilo decorativo, pero la información disponible aconseja la prudencia de no interpretarla como evidencia directa de grupos neolíticos sino de cazadores-recolectores que, manteniendo aún sus patrones de asentamiento, ya habían contactado con los primeros productores de alimentos de la zona.

Los otros hallazgos de cerámica con decoración cardial a nivel regional proceden del Altiplano (Cueva de los Secos, Yecla) y Noroeste (La Rogativa I, Moratalla), y de ambos es necesario hablar para poder contextualizar el primer Neolítico de Los Almadenes, como veremos.

En el primero de los casos se trata un fragmento con varias líneas impresas paralelas y un motivo en espiga, todo realizado con alguna matriz pero no con *cardium*, que junto a unos pocos sin decoración alguna, se asocian a restos líticos que señalan más a un momento final del Mesolítico que a un Neolítico propiamente dicho (Soler, 1988: 146 y Lámina II.a). En el caso de La

Rogativa I, el fragmento sí que es cardial propiamente dicho en cuanto a estar decorado por la impresión de un *cardium edule*. Procedente de recogidas superficiales de un sector del abrigo alterado por la rebusca de clandestinos, se localizó junto a numerosos elementos cerámicos de un Neolítico antiguo que podrían ser coetáneos o de un momento inmediatamente posterior, aún dentro de esta fase antigua, pues entre ellos había algunos mamelones en el labio, así como asitas de tubo y pequeños cordones verticales partiendo desde el labio en vasitos de paredes rectas.

El yacimiento yeclano, tanto por las características de la cavidad como por los materiales asociados, muy bien podría estar representando un fenómeno similar al de Grajos II, donde la cerámica cardial es más fácil de interpretar como elemento intrusivo en un grupo de cazadores-recolectores que como presencia directa de grupos neolíticos en el lugar; la mezcla de materiales, fruto de la metodología de la época en la que se extrajeron, no nos da garantías precisas que permitan de momento disociar los materiales lo suficiente como para profundizar en esta interpretación. Más dudas ofrece La Rogativa, pues si bien el cardial podría estar de nuevo vinculado a un grupo epipaleolítico interactuando con uno neolítico, el resto de cerámicas nos indica que hay una presencia más abundante de formas y maneras más propias del Neolítico que del período precedente, y esas cerámicas no se pueden formalmente adscribir a un Neolítico medio sino anterior, si bien no cardial. Dicho de otro modo: de los tres yacimientos considerados, en dos es más fácil interpretar el cardial como elemento culturalmente intrusivo pero cronológicamente significativo.

Por otro lado, tanto en La Rogativa 1 como en Grajos II tenemos arte rupestre levantino y esquemático en las proximidades inmediatas, pero no somos capaces de precisar su cronología con la suficiente exactitud, de manera que pudiera ser que el estilo Levantino fuese de un Neolítico antiguo y el Esquemático posterior, aunque también podrían ser sincrónicos, un debate abierto que nos impide ir más allá de momento. Lo que sí está claro es que en el sector de Almadenes vamos a encontrar ambos estilos pictóricos y que para su comprensión va a ser necesario interpretarlos en clave regional y sin poder evitar referirnos a yacimientos del entorno, aunque no situados en el paraje objeto de estudio.

Los tres yacimientos, y de ahí que citemos a dos de ellos a pesar de no situarse en la cuenca Calasparra-Cieza, representan toda la exigua presencia cardial regional, que no está en la costa (donde debería) sino dibujando una línea que conecta las tierras interiores alicantinas (Cueva de los Secos) con las estribaciones del Noroeste de la sierra de Segura (La Rogativa I) que pasa por el entorno de Cieza (Grajos II). De este modo ubicamos la zona con justicia en el centro de ese corredor de dirección penibética, que probablemente uniera tierras interiores con mejores condiciones climáticas de temperatura y humedad más apropiadas y una red de contactos entre comunidades de cazadores-recolectores más estable y densa, elementos ambos más propicios para la inicial expansión de la novedad que supuso el primer Neolítico. La cuenca Calasparra-Cieza juega un papel fundamental en esa dinámica, y el entorno de Los Almadenes es un mirador privilegiado de todos estos movimientos.

En este contexto, y tras este necesario preámbulo, debemos referirnos a un yacimiento que sí está en la zona de estudio de Los Almadenes, **Cueva del Arco**, y hacer alusión a un significativo hallazgo al aire libre alejado de este paraje: las cerámicas del Hondo del Cagitán (Mula). En ambos vamos a encontrar material cerámico que formalmente se vincula al Neolítico antiguo pero ya no cardial, sino que responde a lo que venimos llamando horizonte epicardial, por la aparente intención de imitación de los motivos decorativos cardiales, ahora más sencillos y ejecutados con técnicas mixtas de impresión e incisión, además de observarse una diversificación formal en la silueta de los recipientes, menos estereotipados.

En las excavaciones llevadas a cabo en la Cueva del Arco se actuó en dos sectores del yacimiento. En el más abierto de ellos, ubicado a una cota inferior y digamos más exterior o expuesta, los niveles correspondientes al Neolítico antiguo y la fase final del Epipaleolítico, como dijimos, se desmantelaron como consecuencia de procesos erosivos postdeposicionales aconte-

cidos posiblemente a finales de la fase atlántica del Holoceno (c. 5.800-5.000 BP), cuando se producen episodios de incisión en las laderas y de acumulación de depósitos en los valles. Por ello, este momento de ocupación sólo queda atestiguado por un triángulo geométrico de retoque abrupto que podría ser de finales del Epipaleolítico pero también del Neolítico antiguo y, ya sin duda de adscripción neolítica, un fragmento de cerámica lisa recorrido horizontalmente en su parte superior por un cordón de sección cuadrangular coronado por una línea longitudinal de ángulos impresos.

Mayor interés presenta el otro sector excavado, no tanto por estar a mayor cota sino por no haberse visto afectado por esos procesos erosivos, al encontrarse mucho menos expuesto. En esta zona se localizaron, durante el sondeo llevado a cabo para la caracterización estratigráfica y edafológica de la cavidad, dos fragmentos de cerámica decorada, uno de ellos de gran tamaño, que pegaban, permitiendo la reconstrucción completa de la silueta de la vasija a la que pertenecieron y que resultó ser un recipiente globular y, por tanto, de base convexa y bordes ligeramente entrantes, de cuya parte superior partía una gran asa vertical de la que sólo queda la huella de su arranque, siendo presumible que existiera al menos otra en el extremo contrario del recipiente. Además, toda su superficie exterior está profusamente decorada mediante haces de líneas incisas verticales y paralelas que sirven de guía para, sobre ellas, situar numerosos trazos cortos y perpendiculares impresos, lo que aproxima la pieza al entorno cardial aunque sin serlo, es decir, señalando su filiación epicardial (Fig. 8.11). Junto a este registro cerámico apareció un trapecio geométrico abrupto con un lado cóncavo, que podría pertenecer formalmente tanto al Epipaleolítico final como al Neolítico, opción esta última por la que nos decantamos.

La Cueva del Arco, a diferencia de lo que ocurría con Grajos II o Los Secos, sí que dispone de posibilidades de practicar una agricultura de pequeña entidad junto a la cavidad en el lecho del barranco en el que se abre la cueva, complementando estas actividades subsistenciales con la proximidad de pastos para el ganado y la siempre presente posibilidad de caza y recolección, que debió seguir teniendo un peso sustancial. Así, la cavidad podría haber albergado a una pequeña comunidad fuertemente arraigada en un paisaje propio de cazadores-recolectores, con acceso rápido y muy eficiente a recursos de montaña, cuya captación fácilmente complementarían con actividades productoras como la agricultura de pequeño nivel que ayudarían a una subsistencia en la que la caza y la recolección seguirían siendo fundamentales. La ubicación de la cueva y los recursos disponibles apuntan a una comunidad con este tipo de perfil, esto es, un grupo pequeño, ya no exactamente cardial, muy apegado aún a modelos tradicionales de depredación como los desplegados por los cazadores-recolectores, en un ambiente de montaña. Tampoco aquí encontramos arte rupestre postpaleolítico, sin saber si se ha perdido o nunca hubo.

Aunque se encuentre alejado del paraje objeto de este estudio, debemos citar por último el caso del Hondo del Cagitan por tratarse del único yacimiento conocido a nivel regional, de esta etapa antigua del Neolítico, que está al aire libre y se encuentra a unos 20 Kms. en dirección SE, presentando en su registro material un fragmento que podría interpretarse como de decoración cardial mediante la aplicación del borde de la concha (Martínez Sánchez, 1988: 181). Los propios descubridores indican que no es clara esa adscripción, y de hecho sólo aseguran que el yacimiento se puede asumir, dentro del Neolítico antiguo, como de una fase avanzada del mismo, no siendo clara la definición cardial del hallazgo (Muñoz, 1987) (Fig. 8.12). Recordemos que afirmación similar se hace de los hallazgos de El Pozo, aunque en este último caso no se citan materiales cardiales o que pudieran interpretarse como tales, y la datación radiocarbónica tampoco permite abrir esa posibilidad por ser una fecha más reciente de la que correspondería a un horizonte neolítico realmente antiguo.

Sea como fuere, está claro que en cronologías del Neolítico antiguo cardial, perfectamente datado en yacimientos costeros o incluso de zonas prelitorales de la costa valenciana y andaluza, en el área que nos ocupa los grupos de cazadores-recolectores habían entrado ya en contacto con esos neolíticos pioneros. Algunos materiales se habrían sumado en estos primeros instan-

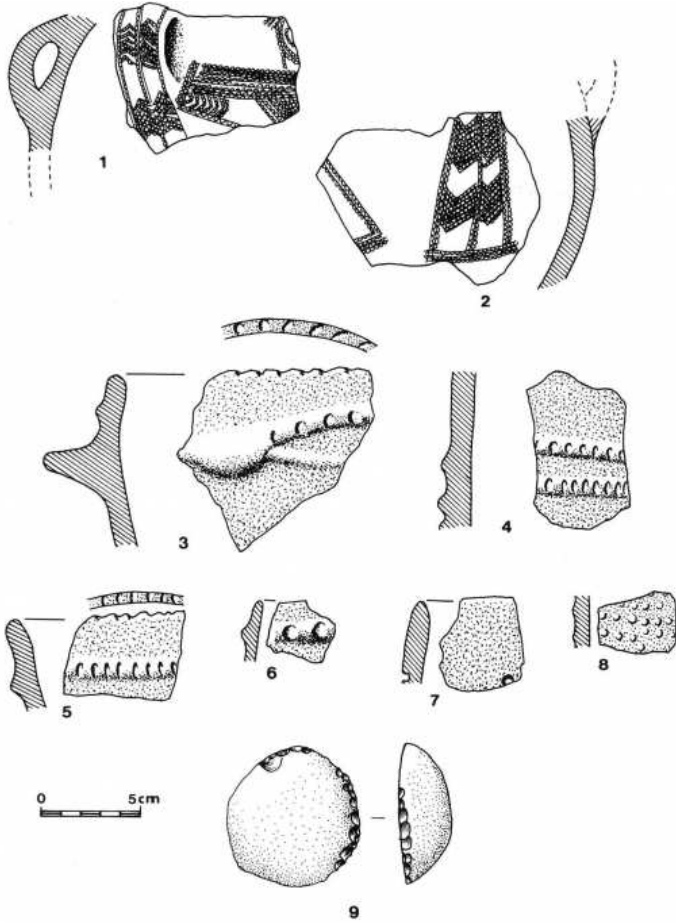


Fig. 8.11. Cerámica decorada de los niveles del Neolítico antiguo de El Arco, con decoración impresa no cardial y almagra (Fotografía de Fran Ramírez).

Fig. 8.12. Cerámica decorada de los niveles del Neolítico antiguo del Hondo del Cagitán (Mula) (Muñoz, 1987).

tes al flujo de sus redes de intercambio y movilidad, siendo el ejemplar de Grajos II un buen ejemplo de ello, como también ocurriría con el hallazgo yeclano de la Cueva de Los Secos.

Estos y otros hallazgos de tierras interiores parecen marcar una penetración del Neolítico a través de estas sierras interiores y de los grandes pasos naturales que las abrazan siguiendo direcciones SW-NE, de modo que, aún dentro del Neolítico antiguo, localizamos restos que podrían ser ya propios de comunidades productoras de alimentos o en proceso de neolitización. Podría ser el caso de Rogativa I (Moratalla), o de comunidades directamente neolíticas como las de Hondo del Cagitán, El Arco y quizás El Pozo, si bien ya sin cerámica cardial, aunque con motivos decorativos que indican la proximidad cronológica de ese primer momento neolítico tan caracterizado por recipientes profusa y complejamente decorados, que dan paso a otros de formas más variadas (y menos estereotipadas), a veces de mayor tamaño, donde el preciosismo decorativo va dejando paso a un mayor predominio de motivos lineales y de mayor formato, que luego encontraremos generalizados en el Neolítico medio. Este último es, precisamente, el motivo por el que los materiales de El Pozo podrían pertenecer a finales del Neolítico antiguo, pero también al Medio, por el que nos inclinamos y razón por la cual lo trataremos en el siguiente epígrafe.

8.7. La ocupación y uso de las cuevas durante el Neolítico medio

Llamamos Neolítico medio a la fase en la que los modos de vida relacionados con la domesticación plena de animales y plantas y la sedentarización se han generalizado, de modo que solo algunas comunidades serranas muy alejadas de valles y zonas litorales mantienen aún pautas de comportamiento plenamente epipaleolíticas, es decir, un modo de subsistencia basado mayoritariamente en la caza y en la recolección.

El resto de grupos ha adoptado patrones de asentamiento más adecuados para una subsistencia basada en la agricultura y complementada por el pastoreo en los alrededores, de forma que solo encontraremos presencia neolítica en cuevas alejadas de los valles o en parajes recónditos si la relacionamos con actividades ganaderas, con la captación de recursos específicos no disponibles en los valles, o con actuaciones de carácter ritual. Es desde esta perspectiva desde la que debemos analizar la presencia de grupos del Neolítico medio en el paraje de Los Almadenes. Dos son las fuentes de las que disponemos para documentar su presencia: el registro material y el arte rupestre.

Con respecto al primero, figura de forma destacada la cerámica, pues es soporte de unas decoraciones características que la desvinculan de la fase más antigua del Neolítico pero también del Neolítico final y Calcolítico, cuando las producciones son con frecuencia de peores calidades pero más abundantes y las formas características son otras. Estos materiales, que son los más abundantes, se acompañan de una industria lítica en la que perviven las laminillas de sílex, pero junto a ellas vemos un aumento del tamaño de los soportes, de forma que van hacién-

dose más frecuentes las lascas laminares y láminas, manteniéndose los trapecios geométricos, mientras que los triángulos desaparecen. Un tercer elemento diagnóstico son los brazaletes de piedra, existiendo en la zona incluso un taller de producción local de estos objetos.

En cuanto al segundo, en Los Almadenes disponemos de diversas estaciones con arte rupestre esquemático, además de una figura identificada como levantina y algunas otras cuyos rasgos eclécticos apuntan a una mezcla entre ambos estilos. Varias de esas cuevas con arte postpaleolítico contienen, además, depósitos arqueológicos que incluyen niveles neolíticos. En este apartado de la monografía dedicada al cañón haremos referencias a este registro, pero sin entrar en una descripción detallada del mismo, que se puede encontrar en la ficha de cada uno de estos yacimientos, que han sido revisados como consecuencia del incendio.

Uno de los puntos importantes en nuestro mapa del paraje de Los Almadenes lo situamos en los abrigos de **El Pozo** (Calasparra), una cavidad alargada de 30 m. de longitud y 9 de profundidad máxima, casi al mismo nivel que el cauce actual del Segura, en su margen derecha, apenas 4,5 kms. aguas arriba con respecto al área incendiada; su pertenencia al paraje es indiscutible, por lo que se incluye en el estudio general aunque no se ha revisado en las prospecciones relacionadas con el incendio, precisamente por encontrarse a esa distancia.

En su interior se han identificado seis niveles arqueológicos, dos de los cuales (niveles V y VI) se corresponden con la ocupación neolítica, sin que haya diferencias significativas en los materiales que permitan hablar de dos horizontes o momentos culturales distintos. El nivel VI es el que más información ha proporcionado, incluyendo un espacio circular de unos 20 cms. de diámetro con abundantes carbones y huesos quemados de lagomorfos, ungulados y suidos, interpretado como un hogar y del que procede una datación radiocarbónica de 6.260 ± 120 BP (I-16.783) (Martínez Sánchez, 1994: 158-159), claramente neolítica.

En este nivel de ocupación aparecieron además fragmentos cerámicos de recipientes globulares con cuellos poco desarrollados, de formas rectas, abiertas y también cerradas, algunos de ellos con decoraciones incisas, acanaladas, impresas no cardiales y unguilaciones. Estos motivos suelen formar diseños en zig-zag, líneas paralelas y motivos impresos en serie, afectando estos últimos a veces al labio de las vasijas. Junto a las cerámicas, encontramos también abundantes restos de talla y lascas de sílex sin retocar (Martínez Sánchez, 2004: 240-241), y láminas retocadas en muy pocas ocasiones, que se acompañan de cantos de cuarcita parcialmente desbastados. Tanto el hogar como la cultura material nos están indicando un nivel de ocupación claro.

Durante las excavaciones se detectó en la estratigrafía (Fig. 8.13) una perturbación que no puede achacarse a la ocupación humana de la cavidad ni a la dinámica de sedimentación fluvial a la que ha estado sometido el abrigo a lo largo de su historia, consistente en un nivel de piedras de diferentes tamaños provenientes del techo del mismo, y que se ha interpretado como el resultado de un terremoto. En relación con este hallazgo se efectuaron tres dataciones absolutas orientadas a datar de manera precisa el seísmo. Dos de ellas se hicieron sobre semillas de *Olea sp.*

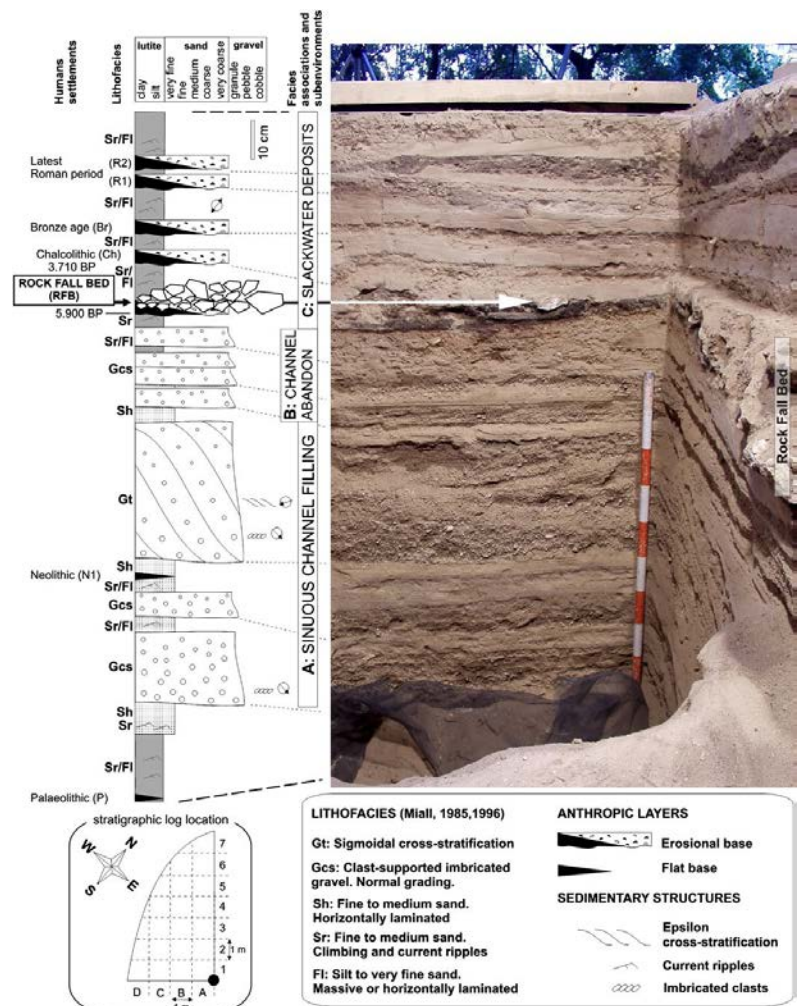


Fig. 8.13. Estratigrafía de El Pozo (Calasparra), observándose en la misma el nivel de clastos provocado por el evento sísmico datado entre en Neolítico y el Calcolítico (Sánchez López et al., 2011: 109).

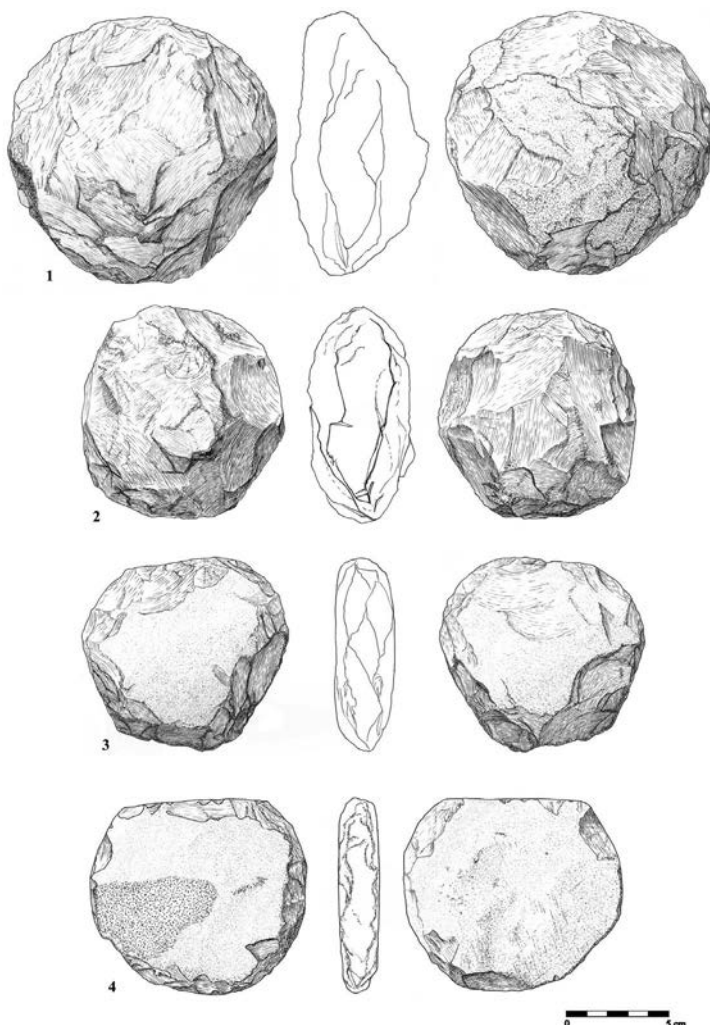
europaea (oliva silvestre) y *Pistacia terebinthus* (cornicabra) recuperadas de la parte superior del nivel neolítico sobre el que cayeron las piedras, arrojando unas fechas de 5.980 ± 50 BP y 5.820 ± 50 BP, respectivamente, mientras que la tercera, sobre semillas de *Rosmarinus sp. officinalis* (romero) y *Retama sp. sphaerocarpa* (retama) de un nivel calcolítico que cubría estrato de derrumbe del techo se dató en 3710 ± 40 BP (Sánchez Gómez et al., 2014: 111).

Si seguimos el curso fluvial río abajo llegamos a la **cueva-sima de La Serreta** y en su interior encontramos rasgos que se repiten con respecto a El Pozo. Así, la secuencia de ocupación incluye un momento neolítico en su base, seguido de un uso mal definido por la escasez de restos y su compleja posición estratigráfica que adscribiríamos al Calcolítico o Bronce Antiguo y, tras un largo período en el que la cueva no parece haberse utilizado lo bastante como para dejar un registro claro, aparece una ocupación romana (s. III d.C.) y luego medieval, aunque ya como redil en este último caso.

El uso doméstico de La Serreta en época neolítica queda atestiguado por el hallazgo de dos pequeños silos excavados en el suelo, de cuyo interior se recuperó durante las excavaciones un importante conjunto de semillas de trigo, cebada y leguminosas, y en las inmediaciones de estas estructuras aparecieron varios agujeros de poste, diversas oquedades en el suelo para sustentar vasijas de base convexa y dos hogares que provocaron la ceramización del suelo (Salmerón, 1999: 145).

Los motivos decorativos de los recipientes cerámicos hallados en El Pozo, singularmente los zig-zag incisos, así como las formas de estas vasijas, tienen importantes paralelos formales con los de La Serreta (Cieza). Otro elemento que permite relacionar ambas cavidades es la documentación en La Serreta de un taller de fabricación de brazaletes o pulseras de piedra, a través de un importante lote de materiales (79 piezas, 7 de ellas de roca foránea) en el que podemos ver todas las fases de fabricación de este tipo de objetos, algunos de ellos sin acabar, otros rotos durante su confección (Fig. 8.14), otros completamente acabados (Martínez Sevilla y Salmerón, 2014): en El Pozo aparecen varios brazaletes de este tipo.

Fig. 8.14. Preformas de brazaletes de caliza marmórea procedentes del taller documentado en La Serreta (Martínez y Salmerón, 2014: 72).



El estudio detallado de este taller aporta varios datos de interés para la interpretación del conjunto de la cueva en el Neolítico. Así, la constatación de varias fases de producción apunta a la participación de más de una persona en estas tareas, sobre todo en aquellas que precisaban menor pericia (regularización de formas por abrasión) mientras que las más delicadas quedarían reservadas a personas más experimentadas. Que haya preformas almacenadas y apiladas ordenadamente parece indicar una intencionalidad de ser trabajadas en el futuro y, por lo tanto, podemos señalar un uso intermitente de la cueva, posiblemente estacional.

Algunos brazaletes presentaban además trazas de ocre por haber estado en contacto con pieles manchadas con este elemento, por lo que se establece una vinculación entre brazaletes y el procesado del ocre, que se ha venido relacionando con el arte rupestre (Martínez Sevilla y Salmerón, 2014: 80). Este hecho permite establecer otro paralelo con El Pozo, pues en los niveles neolíticos de ese yacimiento también se localizaron restos de pigmentos (hematites),

cuando en las paredes aparece arte esquemático hecho con la misma pigmentación (Martínez Sánchez, 2005: 241). Esto permite proponer, en ambos yacimientos, una relación importante entre el registro material, neolítico, y las pinturas rupestres.

Un tercer yacimiento en el que encontramos restos del Neolítico medio, también dentro del paraje de Los Almadenes, es **Las Enredaderas**. Esta cueva-abrigo, localizada en la parte superior de la pared derecha del cañón, está actualmente inaccesible de manera natural, como ocurre también con La Serreta, que se encuentra justo enfrente, es decir, en la margen contraria del Segura. Una de sus cinco salas, la denominada como Sala I, ha ofrecido en recogidas superficiales (el lugar nunca se ha excavado) cerámicas con decoración incisa de bandas horizontales formadas por rectas paralelas oblicuas, que cambian de dirección de una banda a otra formando así motivos en zig-zag, como las aparecidas en El Pozo o en La Serreta. Y en un espacio adyacente, la sala VI, se puede observar una estructura circular de piedra seca con carbones en su interior, que podría ser un hogar (Lomba y Salmerón, 1999a: 143-143). Así las cosas, las tres cavidades (El Pozo, La Serreta y Las Enredaderas) parecen pertenecer al mismo horizonte. Pocos metros más al sur de Enredaderas VI se ha descubierto una nueva cavidad, **La Jota**, en cuyo interior volvemos a encontrar manchas informes realizadas con un pigmento que nos parece idéntico al de varias figuras de Enredaderas, de significado desconocido pero que incluimos en el horizonte esquemático.

Existen más restos de este período en el paraje, pero se trata ya de elementos materiales aislados o pinturas rupestres en abrigos y cuevas en los que no han aparecido materiales o estos no proporcionan una adscripción clara. Así, en la misma pared y cota que La Serreta nos encontramos con **El Laberinto**, una cueva de desarrollo longitudinal paralelo al cañón con espacios a varias alturas, algunos de los cuales se abren como abrigos hacia el río mientras que otros tienen la configuración propia de una cueva. Lo interesante de esta cavidad es que hay una muy elevada probabilidad de que constituyera el primitivo acceso natural a La Serreta, hoy desaparecido pues tras recorrer casi 50 m. desde su extremo oriental, que es por donde actualmente podemos acceder a El Laberinto, no sin cierto peligro, finaliza a apenas 15 m de la entrada primitiva de El Greco, de esta a El Miedo median otros 15-20 m y entre ese punto y la Serreta se interpone una pared vertical imposible de flanquear sin equipo de escalada, de 15 m. de longitud, en la que en tiempos habría una visera natural de roca que se desplomó en algún momento.

Citamos esta cavidad porque en superficie se han encontrado algunos elementos de sílex de adscripción indeterminada (lascas, algún fragmento laminar) y cerámicas lisas prehistóricas que podrían ser neolíticas o calcolíticas, materiales que permiten constatar presencia humana en época prehistórica, pero poco más. Además, en sus paredes se localizan algunas manchas vinosas mal definidas, en el contexto de unas superficies muy castigadas por la erosión, por lo que no podemos afirmar que fueran estos los únicos motivos existentes en su día; su pigmentación es similar a la de los motivos esquemáticos de La Serreta, pero su indefinición formal impide decir nada más al respecto. En una pequeña oquedad muy próxima ya a La Serreta se documentó un pequeño ídolo *oculado* que tipológicamente parece más apropiado relacionar con el Calcolítico, al que más tarde nos referiremos, pero junto a ella se encuentra una gran mancha vinosa que es la que recuerda, por su coloración, al famoso *antropomorfo en phi* de La Serreta.

Por todo ello, debemos concluir que El Laberinto podría interpretarse como el acceso primitivo a La Serreta y, por tanto, lugar transitado desde el Neolítico medio pero también en el Calcolítico, y que debió dar paso a La Serreta hasta que en algún momento posterior a la Edad Media un derrumbe interrumpió el paso entre ambas, pasando al más completo olvido hasta su descubrimiento en los años 70' del s. XX. Desconocemos si el terremoto detectado en la estratigrafía de El Pozo, que se sitúa entre 5.980 ± 50 BP y 3710 ± 40 BP, afectó a esta cavidad; probablemente sí, pero siguió empleándose para penetrar en La Serreta, pues solo de este modo se justifican en ésta las evidencias calcolíticas, de época romana y medieval. Hay que mencionar, además, que se ha documentado un *grafitti* del s. XIX en la primera sala de El Laberinto, lo que

evidencia que a la misma se podía acceder con cierta facilidad, muy probablemente de forma mas sencilla que en la actualidad, pero desde luego no a La Serreta, pues su memoria estaba perdida al no aparecer citada ni encontrarse restos materiales tan recientes en su interior ni en sus paredes.

En la margen izquierda del cañón localizamos otras dos cavidades con arte rupestre de estilo esquemático, actualmente completamente colgadas en la pared del cañón, de forma que sólo se puede acceder a las mismas con equipo de escalada: **El Paso** y **Los Rumíes**. En las paredes de ambas, que se encuentran unos 200 m. aguas arriba con respecto a La Serreta, se localizan varias figuras de arte esquemático con paralelos formales con las de La Serreta y El Pozo (Fig. 8.15), y en la primera de ellas se han encontrado en superficie algunas cerámicas lisas y lascas de sílex, pero sin rasgos que permitan precisar su cronología dentro de la Prehistoria Reciente.

De la inspección realizada a ambas cavidades se concluye que su acceso debió ser muy probablemente desde el cauce del río, pues por encima de ellas se desarrollan paredes verticales completamente impracticables y en las que ni siquiera se puede plantear la existencia en tiempos de viseras hoy desplomadas; además, desde la parte superior del cañón, las cuevas no son visibles en absoluto, de forma que no puede planificarse llegar a ellas de ninguna manera. Sí se ha documentado un gran desprendimiento antiguo de rocas en cotas inferiores, que ha provocado un escalón actualmente insalvable de 15 m. desde el cauce hasta una visera, desde la que sí se puede acceder a los dos abrigos: ese debió ser el camino natural hacia las cuevas, y también el que debió seguir alguien que, a mediados del s. XVI, accedió a El Paso y dejó en sus paredes diversos *grafittis* que incluyeron la notación de “1516”. Justo enfrente de estos dos conjuntos, y por lo tanto en la pared derecha del cañón, se han descubierto varios trazos de pictografías que englobamos de nuevo en este mundo del arte esquemático, en varios abrigos que hemos bautizado como **Abrigos de Fran**, en honor a Fran Ramírez, el fotógrafo de nuestro equipo que tantas veces se ha jugado el tipo con nosotros descendiendo a estos lugares. Aquí encontramos varios puntos aislados y posibles restos de figuras, así como un par de trazos sueltos que son lo que siempre han sido, esto es, simples trazos sin forma de figura alguna.

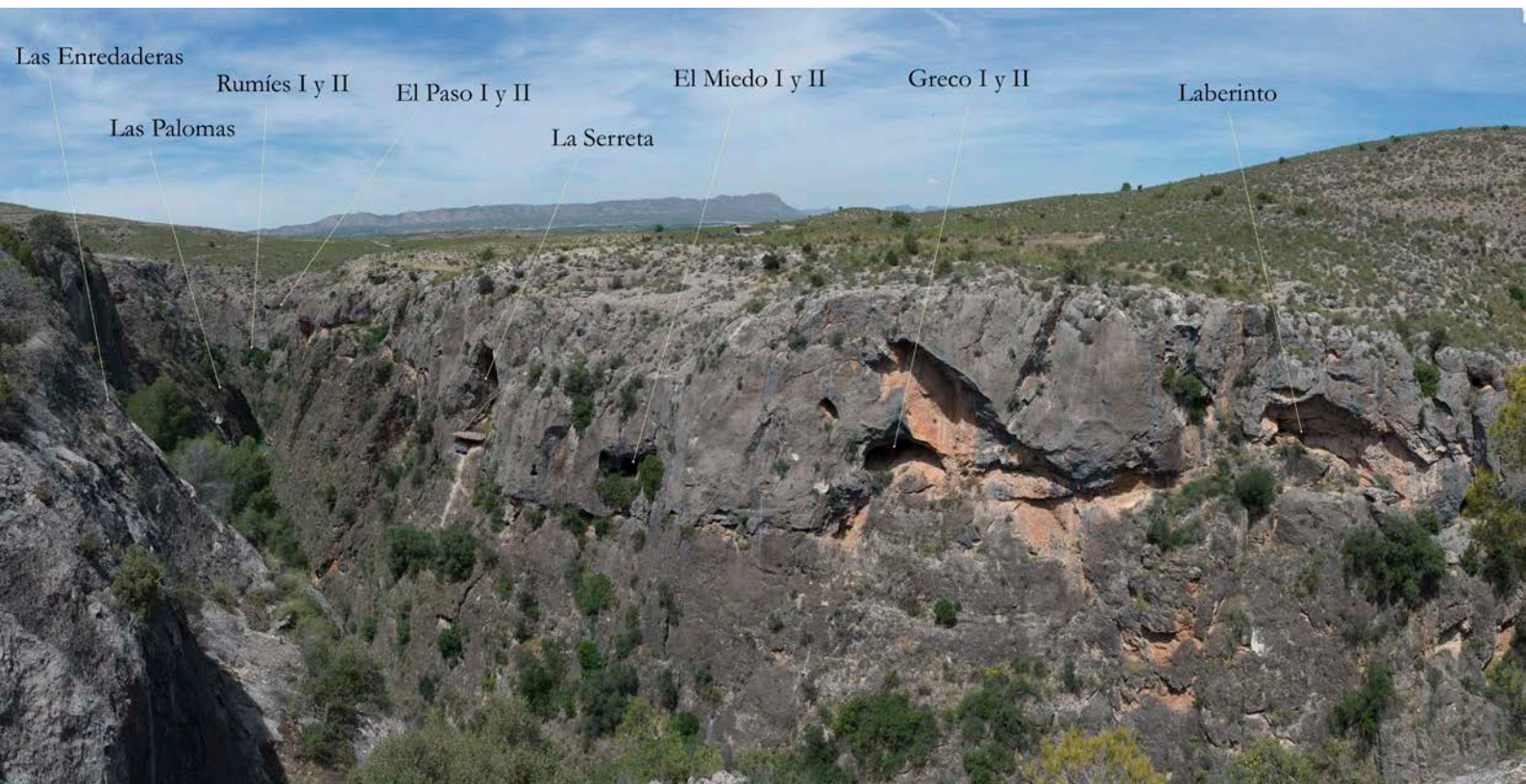


Fig. 8.15. Panorámica de la margen izquierda del cañón de Los Almadenes, pudiendo apreciarse la relación espacial de las diferentes cavidades con arte postpaleolítico del sector (Fotografía de Fran Ramírez).

Además de las cavidades señaladas, en la margen derecha del río, donde localizábamos Las Enredaderas, también se conocen algunas oquedades, hoy completamente inaccesibles salvo con instalaciones de escalada, en las que han aparecido hallazgos superficiales y muy aislados de cerámica prehistórica, o restos de manchas de lo que en su día fueron representaciones rupestres, pero ni unas ni otras presentan rasgos que permitan precisar su cronología.

Todos estos hallazgos en El Pozo, La Serreta, El Laberinto, Las Enredaderas, Los Rumíes, El Paso y otras más son la prueba de que entre el finales del Neolítico antiguo y el Calcolítico, el cañón ofreció a diversos grupos humanos la posibilidad de desarrollar, en un ambiente montañoso y poco apto para la agricultura, una serie de actividades que probablemente se enmarquen en pautas de comportamiento estacional de apoyo a asentamientos más estables ubicados al aire libre y en entornos más propicios para la práctica del cultivo de plantas y el establecimiento de relaciones estables con otras comunidades.

La necesidad de establecer estos hábitats temporales en el cañón probablemente tenga su razón de ser en la explotación puntual de recursos de la zona, siendo un caso constatado la producción de brazaletes de piedra en La Serreta, la mayoría de los cuales se confeccionaron sobre caliza de la propia cueva o de sus alrededores. Al respecto, es interesante la referencia que Martínez Sevilla y Salmerón (2014: 80) hacen a la materia prima de estos elementos, pues siendo clara su procedencia autóctona, varios de ellos son de mármol vetado de la Unidad La Sabina, dentro del complejo Nevado-Filábride, lo que junto a la documentación de conchas marinas evidencia movimientos de materiales y contactos y nos permite entender en su justo término la presencia de grupos neolíticos en el cañón.

En la misma cueva de La Serreta encontramos vasijas de almacenaje y restos de semillas que no pueden haberse cultivado allí, pues el entorno es completamente rocoso y no hay posibilidad edáfica de practicar la agricultura. Esto, junto con la evidencia de llegada de materiales foráneos (algunas rocas, conchas marinas), atestigua que este grupo estaba en contacto con otros situados en algún lugar impreciso del valle, en un lugar que sí que estaría implicado en las redes de contacto e intercambio a mayor escala, a través de las cuales fluirían materiales como las citadas conchas o rocas que no fueran del paraje y que, finalmente, acabaron en las cuevas de Los Almadenes. Recordemos que para este período tenemos ya asentamientos al aire libre en el propio valle del Segura, aguas abajo, como es el caso del Peñón de Ricote (Martínez Sánchez, 1994: 159) o la Cabeza del Ciervo (Archena) (Ayala y Jiménez, 2005: 266), y que en todo el corredor que comunica la zona en estudio con el Noroeste aparecen materiales de esta misma cronología en diversas cavidades de la Sierra de la Puerta y de la Peña Rubia de Cehegín (Cueva del Calor) (Martínez Sánchez, 1988), a caballo entre finales del Neolítico antiguo y medio o directamente del Neolítico medio, atendiendo a los motivos decorativos y a las formas de los recipientes.

Por su parte, las cerámicas de El Pozo y el resto de cavidades muestran suficientes concomitancias con las de La Serreta como para plantear que quienes las ocuparon o eran los mismos o estaban en contacto, y en cualquier caso pertenecían al mismo horizonte cultural. Luego estamos ante una concentración importante de actividad en torno al cañón desde finales del Neolítico antiguo y durante todo el Neolítico medio, que sería además coincidente con la representación de arte esquemático en las paredes de numerosas cavidades, siendo atípico que allí donde aparecen paneles pintados, además, encontremos evidencias de ocupación, cuando lo habitual es que se trate de lugares con pocas evidencias de este tipo.

Por último, para tener una visión más completa del paraje es importante la documentación de dos *grafittis* de época moderna, el ya referido de 1516 en El Paso y otro del s. XIX en El Laberinto. Ambos atestiguan la posibilidad de acceder a estas dos cavidades por parte no solo de personas acostumbradas a recorrer montes y barrancos como podían ser pastores, campesinos, leñadores o bandidos, iletrados en todo caso, sino lo bastante ilustradas como para poder escribir y entender la importancia de dejar allí sus palabras como un acto trascendente. Esta es una prueba de que la situación de inaccesibilidad actual dista mucho de la de otros tiempos. La

constatación en El Pozo de un episodio sísmico que dio lugar a un *hiatus* en la ocupación de la cueva y al derrumbe de piedras de pequeño porte del techo, así como las numerosas viseras caídas y que actualmente descansan en el fondo del cañón, son solo la llamada de atención que nos falta para comprender que lo que hoy vemos dista mucho de lo que debió ser, esto es, un lugar con innumerables cuevas, muchas de ellas accesibles desde el río o desde la losa caliza, con grupos humanos en su interior dedicados a la captación de recursos montanos pero en contacto con los hábitats del valle.

A lo dicho hasta ahora hemos de sumar la presencia de arte rupestre. Las cuevas con este tipo de evidencias arqueológicas en el cañón no se ajustan a los parámetros más frecuentes en estaciones rupestres, como son la amplia visibilidad del entorno, estar en lugares de paso de fauna salvaje o doméstica y suponer su mera presencia un hito en el ejercicio de la apropiación simbólica del paisaje que les circunda. No. Las cuevas de Almadenes están en lugares recónditos y apenas accesibles, desde los cuales no se puede otear paisaje alguno más allá de la majestuosidad del interior del cañón, y de ningún modo interactúan con una red que permita el paso entre ecosistemas, pues el río en este sector no es cómodamente transitable.

Todo ello permite abrir la posibilidad de que las actividades allí realizadas tuvieran un alto valor simbólico y que la presencia humana tenga más que ver con todo ello que con una mera presencia estacional para interceptar recursos que no están disponibles en el valle. Que aparezca el taller de brazaletes de La Serreta y la profusión de figuras rupestres en sus paredes, y que ese número descienda drásticamente en el resto de cavidades, puede estar apuntando en esta línea. En cualquier caso, es sin duda la época de florecimiento del paraje como lugar que alberga actividad humana. Tras este Neolítico medio, las evidencias arqueológicas descienden drásticamente, como veremos.

8.8. El final de la Prehistoria Reciente en Almadenes: del Neolítico final al Bronce

Frente a esa abundancia de restos desde finales del Neolítico antiguo y durante el Neolítico medio, la fase final de este período que sin solución de continuidad se une al Calcolítico en todo el Sureste, y la Edad del Bronce que le sigue, están mucho menos representados en el paraje de Los Almadenes.

De las excavaciones de **La Serreta** conocemos algunos materiales calcolíticos, escasos y fuera de contexto por remociones posteriores (Lomba y Salmerón, 1995b: 167). Se trata de fragmentos cerámicos sin decorar, porciones mediales de algunas láminas de sílex y algún resto de talla en sílex y cuarcita, que indican que durante el Neolítico final y Calcolítico hubo trasiego de personas en el interior de la cueva, en todo caso con mucha menos intensidad que en el período precedente.

Este dato permite asegurar, además, que **El Laberinto** aún se empleaba para acceder a la cueva, pues es el único paso posible a la misma. Además, en una pequeña hornacina en el extremo más occidental de esta cavidad, cerca por tanto de La Serreta, encontramos junto a una mancha vinosa de igual coloración que el famoso gran ídolo en phi de La Serreta, un pequeño ídolo *oculado* pintado en un color anaranjado, consistente en un fino trazo vertical de cuyo extremo superior parten varias líneas arqueadas horizontales y paralelas, a derecha e izquierda, bajo las cuales se observa un círculo que hace que se trate tipológicamente de un *antropomorfo en phi*. Las representaciones de *oculados* en cerámica, hueso, marfil o piedra son propias del Neolítico final o Calcolítico, por lo que la figura de El Laberinto debemos adscribirla a ese mismo momento, que sería el de los citados materiales que hallamos dispersos y revueltos en La Serreta.

El resto de evidencias del Calcolítico y Bronce proceden de la margen contraria del río. Por la calidad de su procedencia, al tratarse de una excavación arqueológica, destacaremos los hallazgos de **El Pozo**. En este abrigo, con una secuencia previa de finales del Paleolítico superior o Epipaleolítico a la que siguen niveles del Neolítico antiguo avanzado o Neolítico medio, encontramos un nivel de derrumbe que marca un antes y un después en la ocupación de la cavidad, pues sepulta un nivel neolítico datado en torno a 5980-5820±50 BP (aunque hay una

fecha anterior también del Neolítico, 6260±120 BP) y sobre el derrumbe se fechas varias semillas, ya calcolíticas, en 3710±40 BP (Sánchez Gómez et al., 2011: 111).

En el primer sondeo estratigráfico que se realizó en el yacimiento a inicios de los 90', Martínez Sánchez (1994: 158) detectó un nivel calcolítico y otro del Bronce. Esta autora relaciona indistintamente esos niveles con uno de los grupos de pinturas de la cueva, resueltos mediante gruesos trazos con tinta plana, mientras que el otro grupo, con dos *antropomorfos tipo salamandra*, se relacionaría más con la ocupación neolítica, al tener una técnica semejante a la empleada en el arte levantino naturalista. (Martínez Sánchez, 1994: 160).

Por tanto, podemos plantear que hay una ocupación neolítica vinculada a arte rupestre y, en una fase muy avanzada del Calcolítico, prácticamente ya en la Edad del Bronce, otra ocupación que, de nuevo, se relaciona con actividad pictórica, resultando dos grupos de figuras esquemáticas pero de concepción diferente y técnicamente hechas de modo distinto. Que en ambos conjuntos hablemos de esquemático, aún con esas diferencias, lleva a indicar (ibid, 161) que “parece que estamos ante una proximidad, no ante una ruptura, entre estas dos formas artísticas en esta zona del Segura, que revelaría una evolución no traumática para las poblaciones a las que habría que adscribir las manifestaciones pictóricas”.

De los restos materiales de El Pozo adscritos al Bronce apenas se han publicado datos. Si sabemos que se distinguen claramente dos fases. Una primera fase sería del Calcolítico o Bronce Antiguo (Martínez Sánchez, 2005: 240), cuyos rasgos responderían a un nivel de ocupación, con semillas carbonizadas, un hogar e indicios de un posible acondicionamiento de la cavidad para mejorar su habitabilidad (ibid, 241) y que entendemos se correspondería con el nivel inmediatamente posterior al seísmo. De este nivel proceden también varios huesos de ovicáprido y lagomorfos, así como un colmillo de suido (Mateo, 1997: 59).

La otra fase que Martínez Sánchez indica que está “claramente identificada con la Edad del Bronce” (ibid, 240), estaría representada por un grupo de pequeñas vasijas de tipología argárica, completas y colocadas boca abajo sobre un nivel sedimentario natural, interpretado como restos de un evento de carácter ritual (ibid, 241). Se trata de pequeñas tulipas o formas 5 según la tipología de Siret, de ahí la identificación como “claramente de tipología argárica”.

Al respecto, no obstante, debemos señalar que ejemplares similares y de nuevo en anómala disposición también se localizaron en la Cueva del Calor de la Peña Rubia de Cehegín, sobre un nivel de enterramientos múltiples calcolíticos, donde la misma investigadora propuso idéntica cronología en base a dicho parecido formal (Sánchez Martínez, 1991). En un yacimiento distante de la Cueva del Calor apenas 7 Kms., el enterramiento calcolítico de Camino del Molino (Caravaca de la Cruz), también encontramos varias tulipas de estas características, malas cocciones y apariencia formalmente argárica... pero en un contexto claro de finales del Calcolítico, tanto por los materiales asociados como por las dataciones absolutas (Lomba et al., 2009). Y volvemos a encontrar formas 5 de dimensiones tan reducidas en uno de los enterramientos megalíticos de Murviedro (Lorca), otra vez en un contexto funerario calcolítico y que también se interpretaron como prueba de la pervivencia de actos rituales argáricos en entornos sepulcrales previos (Idáñez y Muñoz, 1986). Siendo un tema que merece mayor atención, las fechas del yacimiento caravaqueño y la vinculación a entornos calcolíticos de todos los hallazgos de estas pequeñas tulipas quizás nos estén mostrando más una adscripción a finales de ese momento que una prueba de presencia argárica.

Además de los materiales de estos dos yacimientos, y ya en la otra margen del río, conocemos algunos restos aislados que nos hablan de la presencia aislada de gentes del Calcolítico, como es el caso de un ídolo quemado sobre caliza marmórea, junto a un hueso humano, encontrado en superficie en la **Cueva II del Barranco I de Almadenes**; o varios huesos humanos de un enterramiento individual de igual cronología, concretamente un cráneo femenino adulto, dos fémures y una falange, junto con tres fragmentos cerámicos calcolíticos, en la **Cueva I** del mismo barranco (Lomba y Salmerón, 1995b: 172).

Esta escasez de restos llama la atención si la comparamos con la elevada densidad de hallazgos del Neolítico, lo que denota que el paraje pasa, durante la Edad de los Metales, a convertirse en una zona residual o periférica con respecto a los desarrollos culturales de lo que queda de Prehistoria.

El Neolítico final y Calcolítico es un momento en el que son los poblados al aire libre los que adquieren protagonismo. En sus alrededores inmediatos se desarrollan agricultura y ganadería, estableciéndose relaciones entre ellos a través de redes estables de contactos, por las que fluyeron materiales de prestigio que alimentaron la estructura social, cada vez más compleja, de muchas de estas comunidades. En este contexto, son esos lugares de paso y las áreas que fácilmente se conectan con ellos las que se constituyen en motor de desarrollo económico, social y cultural. En esos parajes veremos cómo los pequeños poblados crecen y en torno a ellos se delimitan áreas de enterramiento, sea en conjuntos megalíticos, grupos de cuevas o fosas artificiales, en un patrón presidido por la estabilidad y la progresiva territorialización.

De todo ello tenemos cientos de ejemplos a lo largo y ancho de la geografía regional, con poblados de notable desarrollo como Lorca, otros de menor entidad como Molinos de Papel (Cavaca) o incluso más pequeños como Casa Noguera (Archivel) o Bagil (Campo de San Juan). Frente a este escenario, Los Almadenes quedó definitivamente alejado de esas redes, y de facto apenas hay restos más allá de esa presencia residual ya señalada.

No encontraremos restos arqueológicos en la zona del Bronce Tardío ni Final, ni tampoco de época ibérica, a pesar de que a unos 20 kms. al Este se localiza un asentamiento de la entidad de Bolbax, en dirección contraria se llega a igual distancia a otro como Begastri (Cehegín), y al suroeste alcanzaríamos El Cigarralejo (Mula). Pero Los Almadenes pasaron a ser, como hasta ahora, lugar de refugio esporádico, hogar del agua y de los espíritus de nuestros primeros ancestros, de sus dioses y del recuerdo de lo que dejamos de ser cuando abandonamos la Prehistoria.

8.9. Los restos arqueológicos de época romana

Dentro del uso esporádico que se le da a la zona en época histórica destacamos la constatación de restos romanos del s. III d.C. en **La Serreta**. La cueva aún era fácilmente accesible, como atestigua el acarreo de grandes losas de hasta un metro de anchura, ladrillos y grandes fragmentos cerámicos para la construcción, dentro de la cavidad pero siempre respetando los paneles con arte rupestre, de una pequeña edificación cuadrangular en la entrada de la cueva, que la cerraría completándose con un muro que uniría la estructura con la pared contraria a las pinturas.

Esta estructura presenta dos niveles constructivos, de forma que el más reciente se superpone al anterior respetando su planta. El primer nivel lo constituye un pavimento de grandes losas irregulares de dolomía, delimitado por cuatro zócalos de piedra que configuraban una planta cuadrangular de 5 x 2,5 m., sobre los cuales se disponía un alzado de adobe. La escasez de materiales denota un abandono planificado y temporal del lugar, tras el cual se acomete la segunda fase constructiva, también en el s. III y que parece haber tenido lugar a los pocos años del abandono de la primera construcción. Estos nuevos habitantes regularizan el adobe descompuesto para crear el nuevo pavimento de una habitación más pequeña que la precedente, de 3 x 2,5 m., para lo que aprovechan como cimentación los zócalos antiguos, excepto en su flanco sur, donde acortan el espacio. Además, en esta segunda fase se construye una segunda estancia cuadrada de 1,5 x 1,5 m., pavimentada con losas y delimitada con muros de piedra, y que debió abandonarse tras un incendio (Salmerón, 1999; 2006) (Fig. 8.16).

Los materiales hallados en las excavaciones permiten afirmar que la primera ocupación romana debe datarse a mediados del s. III d.C. y la segunda no llegaría más allá de los primeros años del s. IV. De entre todos ellos (monedas, lucernas, fragmentos cerámicos de distinta tipología, etc) debemos destacar un conjunto de tres instrumentos médicos de bronce, identificados como una sonda de cucharilla, un osculatorio y un colador (Salmerón, 1995: 570-571), además de restos de un unguentario de vidrio (ibid, 577). Quienes habitasen en este lugar dejaron,

además, restos de sus alimentos en basureros, cuyo estudio ha revelado el importante peso que en su dieta debieron tener los ovicápridos, seguidos de conejos, si bien también hay evidencias, aunque sea testimoniales, de ciervo (ibid, 572), animal este último que está documentado en la zona hasta el s. XVIII.

En esta misma margen del río conocemos del hallazgo aislado de cerámica doméstica y fragmentos de ánforas romana en **Los Rumíes**, sin que podamos precisar más su cronología.

La presencia romana no se limita a la margen izquierda del Segura, pues también aparecen restos en cavidades del otro lado del río. Así ocurre con la **Cueva del Río Niño**, muy próxima a aquella cavidad de Las Cabras con arte paleolítico. En esta cueva aparecieron restos indefinidos de arte rupestre bajo gruesas coladas estalagmíticas, probablemente prehistórico, pero además se documentó en superficie una estructura de piedra seca asociada a cerámicas romanas de carácter doméstico aparentemente sincrónicas a los de La Serreta (ibid, 573-574). Y también se localizó cerámica romana, en este caso un fragmento de sigillata gálica del s. I d.C. o inicios del II, en la **Cueva Promoción**, abierta al cañón y hoy completamente inaccesible salvo con técnicas de escalada, 150 m. río abajo con respecto a Las Enredaderas (ibid, 574).

Por último, hemos de citar en esta misma margen pero aguas arriba **El Pozo**, pues las dos últimas ocupaciones del abrigo se caracterizan como correspondientes con un uso estacional vinculado a actividades ganaderas en época tardorromana (refugio y habitación en transhumancias periódicas) (Martínez Sánchez, 2005: 241).

De todo ello podemos concluir que el paraje fue frecuentado en época romana pero más en relación a episodios de crisis como la del s. III o ya época tardorromana, tratándose siempre de una presencia esporádica y estacional en cuevas, muy posiblemente relacionada con la explotación de pequeñas cabañas de ovicápridos.

8.10. Los ecos de la Historia mas reciente

En **La Serreta** las excavaciones documentaron un nivel de ocupación medieval islámica de los s. X-XII a través de varios fragmentos cerámicos, un suelo parcialmente ceramizado por el calor de un pequeño hogar y numerosos restos de coprolitos de ovicápridos que atestiguan que el lugar se empleó como redil y que, por tanto, su acceso debió ser hasta ese momento sencillo, y también hay evidencias de estancias esporádicas de la misma entidad en **El Pozo**.

Desde entonces a nuestros días, el paraje ha sido utilizado por pastores y cazadores que han buscado en las múltiples cavidades que nos ofrecen Los Almadenes refugio para sí y para los rebaños, pero en cualquier caso lejos de aquella bulliciosa actividad neolítica de las cerámicas decoradas, la producción de los brazaletes de piedra y el reflejo de su mundo simbólico en las paredes de multitud de abrigos.

En la segunda mitad del s. XVI sabemos de alguien que desde el cauce accedió a la cueva de **El Paso** para dejar en sus paredes un *grafitti*, alguien coetáneo de quien redactó en 1579 la *Descripción y relación de la villa de Cieza hecha por orden de Felipe II*, que a buen seguro estuvo al menos en el lugar en el que el cañón se abre definitivamente, 1,5 kms. río debajo de La Serreta. En este texto se citan las dos acequias que parten de ese punto, al que el autor se refiere como que “do dicen Los Almadenes”.

Una de ellas llevaría el agua desde aquí a los pies del castillo, donde se ubicaba la villa vieja de Cieza, pasando antes por villas romanas como La Torre, El Ginete y El Maripinar. La otra posiblemente sea la que parte de la Fuente del Borbotón, que sabemos funcionaba en época islámica y cuyo recorrido coincide con los lugares en los que se encuentran otros asentamientos rurales romanos como El Soto de la Zarzuela, La Hoya García y La Parra, por lo que Salmerón (1995: 564) plantea que pudiera tener también un origen romano. Los habitantes de todas estas villas y asentamientos rurales debieron conocer a quienes habitaron La Serreta, pues no es necesaria ni una jornada caminando para llegar desde la cueva a cualquiera de estos lugares. Ambas acequias parten de la zona en la que encontramos la llamada Fuente del Borbotón, citada por como Fuente Negra por el geógrafo andalusí de mediados del s. XII az-Zuhri en su obra

Kitab al-Ya'rafiyya. Quienes así llamaban a esta fuente de aguas termales en el s. XII también debieron conocer a los pastores que usaron El Pozo, La Serreta y quién sabe cuántas cuevas más como refugio para sí y sus rebaños.

En un momento impreciso del s. XIX alguien accedió a **El Laberinto** y, como había ocurrido casi 400 años antes en El Paso, dejó un *grafitti* en sus paredes, posiblemente sin llegar a La Serreta, pues en esta gran cueva no observamos texto alguno en sus paredes. Es posible que quien escribió esas líneas no fuera del lugar o no lo conociese con suficiente profundidad, pues de hecho podía haber accedido a La Serreta por una visera de la que aún quedaban restos inestables y de muy difícil tránsito en los años 60 del s. XX.

Luego, durante la dictadura del general primo de Rivera, se acometen las obras que permiten electrificar la ciudad de Cieza a partir de la producción propia de energía eléctrica. Esto se logra embalsando el Segura en de la **Presa de La Mulata** y derivando parte de su cauce por un túnel excavado en la roca, en la margen derecha del cañón, que pasa unos veinte metros por debajo de Las Enredaderas, abriéndose a la pared vertical del cañón en un par de lugares mediante aliviaderos por los que hoy brota el agua dependiendo del agua que recorra el túnel.

A 300 m. de llegar a la **central eléctrica**, construida en esos años 20, el túnel atraviesa un grupo de cuevas que se encadenan verticalmente unas con otras permitiendo llegar desde la losa caliza al mismo cauce; en varias de esas cuevas aún podemos visitar restos de modestas construcciones hechas por los presos políticos para descansar mientras excavaron, a pico y a veces empleando voladuras, el túnel de Primo de Rivera. No sabemos si con aquellas explosiones cayeron algunas viseras que durante milenios dieron paso franco a cuevas hoy perdidas o aisladas, sumándose a los terremotos y desprendimientos naturales que han ido conformando la actual fisonomía del cañón, hoy un paraje incomparable que atesora historia, naturaleza y paisaje como pocos lugares en nuestra geografía.

Fig. 8.16. Estructura romana (s. III d.C.) en el interior de La Serreta, junto a la plataforma de madera que forma parte de la instalación para visitas de la cueva (Fotografía de J. Salmerón Juan).



8.11. Bibliografía

- ARANA CASTILLO, R.; LÓPEZ CAMPUZANO, M. (2005): “Yacimiento del Paleolítico Medio de la Loma Fonseca (Cuenca de Calasparra-Cieza, SE de España). Estudio arqueológico y geomorfológico”, *Verdolay*, 9, Murcia, pp. 13-34.
- AYALA JUAN, M.M.; JIMÉNEZ LORENTE, S. (2005): “El poblado neolítico del Cabezo del Ciervo de Archena, Murcia”, *3 Congreso de Arqueología Peninsular*, pp. 265-270.
- BELTRÁN, A. (1969). “El arte parietal del Paleolítico Superior y el hombre de Cromañón”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 15, pp. 245-256.
- CAPDEVILLA, R. M. (1928): *Historia de la excelentísima ciudad de Cieza del Reyno de Murcia desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, Tomo II, Murcia, Tipografía de La Verdad.
- CUENCA, A. y WALKER, M.J. (1975). “Comentarios sobre el Cuaternario continental en el centro y sur de la Provincia de Alicante (España)”, *Actas de la I Reunión Nacional del Grupo de Trabajo del Cuaternario*. Madrid, pp. 15-38.
- DE LUCAS ALONSO, A. (2016). *El Paleolítico del noroeste de la región de Murcia. Nuevas aportaciones a través del estudio de la industria lítica del Barranco de los Grajos (Cieza)*. Trabajo Fin de Máster (inédito), Universidad de Murcia.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M.; ESCOBAR GUÍO, F.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; PIÑERA MORCILLO, E.; SALMERÓN JUAN, J. (2013): “Una nueva estación de arte rupestre esquemático en Murcia: Los Cuchillos”, en J. Martínez García y M. S. Hernández Pérez (Coords.), *II Congreso de Arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica*, pp. 153-161.
- FORTEA, F. J. (1973). *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Salamanca: Seminario de Prehistoria y Arqueología, Memoria 4. Tesis Doctoral.
- GARCÍA DEL TORO, J.R. (1988): “Las pinturas rupestres de la Cueva-sima de la Serreta (Cieza-Murcia). Estudio preliminar”, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 4, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 33-40.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J.F.; MUÑOZ LÓPEZ, F. (1986): “Algunas semejanzas y diferencias entre el Eneolítico del País Valenciano y la Región de Murcia”, en *El Eneolítico en el País Valenciano*, Alcoy, pp. 145-149.
- LOMBA MAURANDI, J.; SALMERÓN JUAN, J. (1995a): “El Neolítico”, en F. Chacón Jiménez (dir), *Historia de Cieza. I. Cieza Prehistórica. De la depredación al mundo urbano*, Murcia, pp. 116-148.
- LOMBA MAURANDI, J.; SALMERÓN JUAN, J. (199b): “El Eneolítico. Los comienzos de la metalurgia”, en F. Chacón Jiménez (dir), *Historia de Cieza. I. Cieza Prehistórica. De la depredación al mundo urbano*, Murcia, pp. 153-183.
- LOMBA MAURANDI, J.; SALMERÓN JUAN, J. (1995c): “La Edad del Bronce”, en F. Chacón Jiménez (dir), *Historia de Cieza. I. Cieza Prehistórica. De la depredación al mundo urbano*, Murcia, pp. 185-205.
- LOMBA MAURANDI, J.; SALMERÓN JUAN, J.; BÁGUENA LÓPEZ, J.C. (1999): “El enterramiento colectivo Calcolítico de Los Grajos III (Cieza, Murcia)”, *Memorias de Arqueología*, 9, Murcia, pp. 91-106.

LOMBA MAURANDI, J.; LÓPEZ MARTÍNEZ, M.; RAMOS MARTÍNEZ, F.; AVILÉS FERNÁNDEZ, A. (2009): “El enterramiento múltiple, calcolítico, de Camino del Molino (Caravaca, Murcia). Metodología y primeros resultados de un yacimiento excepcional”, *Trabajos de Prehistoria*, 66 (2), Madrid, pp. 143-159.

LÓPEZ CAMPUZANO, M. (1997/98): “El yacimiento paleolítico de El Molar (Abarán, Murcia). Contribución al conocimiento de las superficies relictas cuaternarias en la cuenca alta del Segura (zona externa de las cordilleras béticas)”, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, Murcia, pp. 5-28.

LÓPEZ CAMPUZANO, M.; FAZ CANO, A.; LLONA CARRASCO, M. (2004): “Yacimientos del Pleistoceno Superior de la cuenca neógeno-cuaternaria de Calasparra-Cieza (zonas externas de las Béticas, Murcia). Estudio arqueológico y geomorfológico”, *Memorias de Arqueología*, 12 (1997), Murcia, pp. 55-112.

LÓPEZ CAMPUZANO, M.; ARANA CASTILLO, R. (2008): “Datos estratigráficos y sedimentológicos del yacimiento del paleolítico Medio de la Loma Fonseca (cuenca de Calasparra-Cieza, SE de España)”, *Memorias de Arqueología*, 15, Murcia, pp. 85-105.

MARTÍNEZ-ANDREU, M. (1988). “Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la Región de Murcia”, *16 Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 39-52.

MARTINEZ ANDREU (1995). “El Barranco de los Grajos y el Paleolítico Superior”. En *Historia de Cieza Vol. I: Cieza Prehistórica: de la depredación al mundo urbano*, Ayuntamiento de Cieza, pp. 50-67.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (2003): “Nuevas propuestas para el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras en el Sureste peninsular”, en S. Ramallo Asensio (Ed.), *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*, Murcia, pp. 145-154.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1988): “El Neolítico en Murcia”, en P. López (Coord.), *El Neolítico en España*, Madrid, pp. 167-194.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1994): “Nueva datación de C14 para el Neolítico de Murcia: los abrigos del Pozo (Calasparra)”, *Trabajos de Prehistoria*, 51(1), CSIC, Madrid, pp. 157-162.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1996): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en la cueva-sima de La Serreta”, *Memorias de Arqueología*, 5 (1990), Murcia, pp. 44-56.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (2005): “Intervención arqueológica en los Abrigos del Pozo (Calasparra)”, *XVI Jornadas de Patrimonio Histórico*, Murcia, pp. 239-240.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C.; SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (2003): “El Neolítico en Murcia. Continuidad y cambio durante el Calcolítico”, en S. Ramallo Asensio (Ed.), *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*, Murcia, pp. 155-174

MATEO SAURA, M.A. (1992): “Las pinturas rupestres de la Serreta, Cieza (Murcia)”, *Zephyrus*, 44-45, Salamanca, pp. 241-250.

MATEO SAURA, M.A. (1992): “Las pinturas rupestres de la Serreta, Cieza (Murcia)”, *Zephyrus*, 44-45, Salamanca, pp. 241-250.

MATEO SAURA, M.A. (1994): «Las pinturas rupestres de la Cueva de la Serreta, Cieza (Murcia)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, 21, Valencia, pp. 33-46.

MATEO SAURA, M.A. (1997): “Estudio preliminar de los restos óseos de fauna de los Abrigos del Pozo (Calasparra, Murcia)”, *Memorias de Arqueología*, 6 (1991), Murcia, pp. 57-60.

MATEO SAURA, M.A. (1998): “Las pinturas rupestres de la Cueva de La Serreta (Cieza, Murcia)”, *Memorias de Arqueología*, 7 (1992), Murcia, pp. 23-38.

MONTES BERNÁRDEZ, R.; SÁNCHEZ PRAVIA, J.; MARTÍNEZ ORTIZ, P. (1993): “La Cueva de Los Pucheros (Cieza) y los cápridos de la región de Murcia”, *Memorias de Arqueología*, 4, Murcia, pp. 41-51.

MONTES BERNÁRDEZ, R.; RODRÍGUEZ ESTRELLA, T.; LÓPEZ CAMPUZANO, M. (1997/98): “El yacimiento musteriense de Las Toscas, Molina (Murcia)”, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, Murcia, pp. 5-15.

MUNUERA, M.; CARRIÓN, J. (1991): “Palinología de un depósito arqueológico en el Sureste ibérico semiárido: Cueva del Algarrobo (Mazarrón, Murcia)”, *Cuaternario y Geomorfología*, 5, Valencia, pp. 107-118.

MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1987): “Problemas metodológicos del Neolítico en el Sudeste de España”, en J. Guilaine et al. (Coords.), *Premières communautés paysannes en méditerranée occidentale*, CNRS, pp. 627-632.

RAMOS MUÑOZ, F.; ESPEJO HERRERÍAS, M.M.; CANTALEJO DUARTE, P.(1998): “La Cueva de Ardales (Málaga). Enmarque histórico regional y aportaciones a la movilidad organizada de las comunidades de cazadores-recolectores especializados”, en J.L. Sanchidrián Tortí y M^a D. Simón Vallejo (coords.), *Las culturas del Pleistoceno Superior en Andalucía*, Nerja, pp. 197-216.

RIPOLL LÓPEZ, S.; MUÑOZ IBÁÑEZ, F.J.; JORDÁ PARDO, J.F.; MARTÍN LERMA, I. (2012): “El arte rupestre paleolítico de la Cueva de Ambrosio (Vélez Blanco, Almería, España). Una visión veinte años después”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 5, Madrid, pp. 75-97.

ROMÁN MONROIG, D.; ZILHÃO, J.; MARTÍN-LERMA, I.; VILLAVARDE BONILLA, V. (2013). “La ocupación Epimagdalenense de la Finca de Doña Martina (Mula, Murcia)”. En M. De La Rasilla Vives (Coord.), *F. Javier Fortea Pérez. Universitatis Ovetensis Magister. Estudios en homenaje*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Ménsula Ediciones, pp. 167- 178.

SALMERÓN JUAN, J. (1987): “Las pinturas rupestres esquemáticas de las Enredaderas (Los Almadenes) en Cieza, Murcia. Estudio preliminar”, *Bajo Aragón Prehistoria*, 7-8. Zaragoza, pp. 223-234.

SALMERÓN JUAN, J. (1989): “Cultura material y pintura rupestre en Los Almadenes (Cieza, Murcia)”, *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 169-178.

SALMERÓN JUAN, J. (1995a): “Las construcciones tardorromanas de la cueva-sima de La Serreta (Cieza, Murcia) y su contexto”, *Antigüedad y Cristianismo*, 12, Murcia, pp. 563-578.

SALMERÓN JUAN, J. (1995b): “Las construcciones tardorromanas de la cueva-sima de La Serreta (Cieza, Murcia) y su contexto”, en J.M. Noguera Celdrán (coord.), *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*, pp. 293-308.

SALMERÓN JUAN, J. (1999): “La cueva-sima de La Serreta (Cieza). Santuario de arte rupestre, hábitat neolítico y refugio tardorromano”, *Memorias de Arqueología*, 8 (1993), Murcia, pp. 140-154.

SALMERÓN JUAN, J. (2006): “La cueva sima de La Serreta (Cieza). Campañas de 1993-1996”, *Memorias de Arqueología*, 14 (1999), Murcia, pp. 173-181.

SALMERÓN JUAN, J. (1993): “La Cueva-Sima de La Serreta. Un hábitat cavernícola de época tardo-romana”, *Revista de Arqueología*, 143, Madrid, pp. 54-56.

SALMERÓN JUAN, J. & RUBIO MARTÍNEZ, M. J. (1995). “El Barranco de los Grajos (Cieza, Murcia). Revisión de un interesante yacimiento prehistórico”. *Actas del XXI Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. 2, pp. 589-602.

SALMERÓN JUAN, J.; TERUEL, M. (1990): “Oculados, ramiforme y esteliforme de Las Enredaderas (Cieza, Murcia)”, *Zephyrus*, 43, Salamanca, pp. 143-149.

SALMERÓN JUAN, L.; LÓPEZ CAMPUZANO, M. (1993): “Consideraciones sobre la condición económica y social del campesinado romano de la vega de Cieza (Murcia) durante el siglo III y primera mitad del IV d.C.: el punto de vista de la prospección arqueológica”, *Verdolay*, 5, pp. 115-129.

SALMERÓN JUAN, J.; RUBIO MARTÍNEZ, M.J. (1995): “El Barranco de Los Grajos (Cieza, Murcia): revisión de un interesante yacimiento prehistórico”, *21 Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 2, pp. 589-602.

SALMERÓN JUAN, J.; LOMBA MAURANDI, J.; CANO GOMARIZ, M.; Grupo Almadenes (1997): “Avance al estudio del arte rupestre paleolítico en Murcia: las cuevas de Jorge, Las Cabras y El Arco (Cieza, Murcia)”, *23 Congreso Nacional de Arqueología*, Elche, pp. 201-216.

SALMERÓN JUAN, J.; LOMBA MAURANDI, J.; CANO GOMARIZ, M. (1999a): “IV campaña de prospección sistemática en el Cañón de Los Almadenes (Cieza-Calasparra)”, *Memorias de Arqueología*, 9 (1994), Murcia, pp. 691-700.

SALMERÓN JUAN, J.; LOMBA MAURANDI, J.; CANO GOMARIZ, M. (1999b): “Las pinturas rupestres de El Paso, Los Rumíes y El Laberinto (Cieza, Murcia)”, *24 Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, vol. I, pp. 185-196.

SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1985): “Las pinturas rupestres esquemáticas del Abrigo del Pozo (Calasparra, Murcia)”, *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza 1985, pp. 95-118.

SÁNCHEZ MARTÍNEZ, C. (1991): “La ocupación neolítica de la Cueva del Calor (Cehegín, Murcia)”, *Memorias de Arqueología*, 2, Murcia, pp. 78-91.

SÁNCHEZ-GÓMEZ, M.; MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C.; GARCÍA GARCÍA, F.; PELÁEZ, J. A.; PÉREZ VALERA, F.; MARTÍNEZ ANDREU, M. Y PÉREZ VALERA, L. (2011): “Evidence for a 4700-2100 BC palaeoearthquake recorder in a fluvial-archaeological sequence of the Segura River, SE Spain”, *Quaternary International*, 242, pp. 106-114.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J.; FERNÁNDEZ SAURA, A.; LÓPEZ DE OCHOA, M.; CAPEL, F.; JIMÉNEZ BIZADA, J.M. (1975): “Hallazgos arqueológicos en la sima-cueva de La Serreta (Cieza)”, *Comunicaciones sobre el carst en la provincia de Murcia*, I, Murcia, pp. 84-87.

SOLER GARCÍA, J.M. (1988): “La cueva del Cabezo de los Secos”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, 18, Valencia, pp. 135-148.

WALKER, M.J. (1977): “The persistence of Upper Palaeolithic tool-kits into the early south-east Spanish”, *Australian Institute of Aboriginal Studies*, Canberra, pp. 354-379.

WALKER, M.J.; CUENCA PAYÁ, A. (1977): “Nuevas fechas de C-14 para el sector de Alicante y Murcia”, *Trabajos sobre el Neógeno Cuaternario*, 6, pp. 309-317.

ZILHÃO, J.; ANGELUCCI, D.E.; BADAL, E.; LUCENA, A.; MARTÍN LERMA, I.; MARTÍNEZ, S.; VILLAVERDE, V.; ZAPATA J. (2010): “Dos abrigos del Paleolítico Superior en Rambla Perea (Mula, Murcia)”, en Mangado, Xavier (ed.), *El Paleolítico superior peninsular: novedades del siglo XXI*, Barcelona, pp. 137-148.

